

The Project Gutenberg EBook of La copa de Verlaine,
by Emilio Carrère

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: La copa de Verlaine

Author: Emilio Carrère

Release Date: October 29, 2007 [EBook #23239]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA COPA D
E VERLAINE ***

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

EMILIO CARRÈRE

LA COPA DE VERLAINE

MADRID

1918

A

JESÚS DE LAS HERAS

GRAN AMIGO, GRAN SIMPÁTICO,

VENCEDOR DEL AZAR

EL AUTOR

Índice

La Copa de Verlaine
En Madrid se come mal
El viejo poeta Nerval
Hábitos y extravagancias de los escritores
Los argonautas del vellocino de... cobre
La última copa de Edgard Poe
Los poetas borrachos
Un duelo romántico
Las manos de Elena
Siles y su carrik
Glosario pintoresco
Elegía de un hombre inverosímil
Nuestro amigo el alquimista
El galán de los «ouistitis»
Sindulfo, arqueólogo y cazador de alimañas
El poema del mal poeta
La sombra del rey galán
La plazoleta de los fracasados
Las paellas de un revolucionario
La noche
Un viejo café galante

Perfil de tragicomedia
Santaló
La capa bohemia
La capa de mendigo

La copa de Verlaine

PABLO Verlaine tenía una sed fatal, una sed monstruosa y suicida, y bebió hasta la muerte. Tal vez oía la voz de una sirena fabulosa en el fondo glauco del ajenjo. El ruiseñor protervo iba al café D'Harcourt y bebía, bebía... Las cuartillas aguardaban en una carpeta, junto al tintero feo, mezquino, de fosforero de café. El rincón era un suave remanso melancólico en el triunfo de luz y de sonidos del loco París.

A veces, con el horrible tintero y la pluma oxidada, que manoseaba el vulgo más gárrulo, Verlaine escribía un poema de maravilla. Pocas veces podía pagar sus ajenjos. Cuando llegaban algunos admiradores, algunos amigos, el poeta, tristemente borracho, pedía dinero. Después, a la alta noche, en las tabernas de apaches y de meretrices, a la hora de la fatiga del amor callejero, Verlaine arrojaba los lúmenes que había demandado, como una lluvia de oro, sobre la dolorida canalla. Así sus versos eran una lluvia de estrellas sobre los vulgos que aullaban y le ofendían al verle pasar borracho por su lado.

En su barrio tenía una popularidad grotesca. Era un
viejo loco, beodo y
mal vestido, que arrojaba dinero a la chiquillería,
que hacía befa de su
extraña liberalidad y le tiraba piedras. Cuando mur
ió, las comadres
hicieron grandes aspavientos viendo llegar coches b
lasonados y fulgentes
uniformes. Creían que su vecino no era sino un mend
igo estrafalarío.

Y espiritualmente no era tampoco muy bien conocido:

Car elle me comprend et mon coeur transparent
pour elle seule,
hélas, cesse d'être un problème.

Para esa desconocida, _rubia o morena o roja_, su c
orazón transparente
cesó de ser un problema, para ella sola...; pero el
la no existió jamás.
Para sus contemporáneos--a excepción de pocos noble
s espíritus--fué un
gran poeta que tenía un defecto, se emborrachaba y
hacía una vida
absurda: _Derrochó sus felices dotes naturales, que
hubiese podido
desarrollar para bien de su obra y de su reputación
, haciendo una vida
más metódica._

Al desconocido idiota que escribió esto le conozco
yo personalmente. Es
una especie de tonto que abunda en todas partes: el
tonto cosmopolita.
Poe lo sufrió en Norte América; Verlaine, en París,
y en España, muchos
espíritus artistas que no se adaptaron a la hosca e
stupidez del
ambiente. Es el tonto sensato, valga la horrible pa
radoja.

¿Y qué más quería el tonto discreto, el tonto metódico, el tonto de sentido común, que hubiese hecho Verlaine? Cerca de diez volúmenes incomparables, únicos, escribió el viejo poeta maldito en los cafés, en las tabernas, acaso en sus largas temporadas de hospital, al que el _pobre Lelian_ llamaba su palacio de invierno. La capa de mendigo de Verlaine es hoy la bandera de la Francia espiritual. Está ungida por la gloria. Es una cumbre dorada por la inmortalidad.

Estas glorias póstumas suelen ser un sarcasmo. Sirven para enriquecer al editor; más amargo viceversa, cuanto que el poeta ha pasado una vida desastrosa. Es la eterna tragicomedia desgarrante.

Verlaine tenía una sed fatal que no se saciaba nunca... ¿Fué por eso un originalísimo y alto poeta? Pedro Luis de Gálvez cree que sí, y quizá tenga razón este admirable ingenio, este excelso poeta, odiado, desdeñado, absurdo, fantástico, que rueda por las calles, borracho y triste, al asalto de unas pocas monedas de cobre roído, en este miserable país de la calderilla. Pedro Luis lleva una fatalidad misteriosa sobre su cabeza.

No hay poeta que, como Verlaine, esté ungido de la gracia lírica. Tiene una emoción única y una magia peculiar para engarzar las palabras en collares armoniosos, de divinos matices crepusculares. Se puede decir, sin hipérbole, que es un brujo de las rimas, de las

inefables palabras
musicales, donde vierte su alma mística y pagana, f
erviente, pecadora,
universal. ¡Pobre Verlaine, mendigo, borracho y sol
itario! ¿De qué
sideral armonía estaba henchido tu triste corazón,
que era al par una
gusanera de pecados mortales?

¿Qué enorme catástrofe de alma te engendró aquella
gran sed, monstruosa
y suicida? Una sirena encantadora cantaba en el fon
do del vaso y tú no
querías oír sino su voz emponzoñada de trágica Lore
ley. Y allí te
esperaba la Muerte, la marioneta descarnada, todo b
lancura y piruetas,
como la Colombina de tus fiestas galantes.

Colombine rêve surprise
d'écouter un coeur dans la brise
et de sentir dans son coeur voix.

Tú también oías voces milagrosas en tu corazón cuan
do cincelabas tus
versos con la pluma menguada y con el tinterillo ru
in del café bohemio.
¡Oh, pobre, maldito y solitario! A tu lado pasaba e
l triunfo de la
ciudad sirena, de Lutecia, la loca, sin una sonrisa
de cariño para el
divino poeta, que, con un humorismo que hiela los h
uesos, llamaba al
hospital _su palacio de invierno_, del tremendo inv
ierno parisiense.
Quizá el genio sea la compensación de la miseria y
de la desgracia,

que ser feliz y artista no lo permite Dios,

como, con dichosa y amarga lucidez, ha escrito Manu

el Machado. Ser un
gran poeta equivale, pues, a ser un gran infortunado.
Mercurio tiene el
oro guardado en la caja de su trastienda. El amor de
las mujeres
hermosas, la admiración de la multitud es en España
para esos muñecos
emocionantes vestidos de oro que saben sonreír cuando
la Muerte les roza
los caireles. Acaso llegue la gloria para los artistas...
pero después
de muertos. Es una burla demasiado cruenta del Destino.

¡Copa de verde y ponzoñoso licor, donde la sirena del
genio supo cantar
para Verlaine! ¡Acaso en el fondo del vaso esté el
dulce talismán que
encanta la vida! _Embriagaos de amor, de virtud o de
vino. Cuidad de
estar siempre ebrios_, dijo el trágico Baudelaire al
sentir el enorme
vacío de su existencia, que fué gloriosa... más tarde,
cuando una vida
negra y una muerte de perro le arrojaron a la eternidad
como un guiñapo
muy glorioso, pero muy maltrecho y muy dolorido.

En Madrid se come mal

NUESTRO amigo Zarathustra, en una de sus andanzas,
se casó con una joven
inglesa, hija de un español que tenía una librería
de viejo en un barrio
apartado de Londres. Zarathustra es literato y, en
consecuencia, no
tiene dinero. Trajo a su mujer a Madrid, la llevó a
comer a los figones

de los poetas bohemios y durmieron en las clásicas posadas de la Cava Baja. A los pocos días madama Zarathustra exclamó ingenuamente:

--¡En Madrid se come muy mal!

Verdaderamente es asombrosa la resistencia de los estómagos literarios. Cada joven poeta del arroyo es un caso de supervivencia milagrosa, «a pesar» de los restaurantes donde ha yantado. Para entretenimiento del lector bien alimentado recordaré alguna de estas yacijas de la necesidad. El restaurante del Loro, La Precisa, La Marina, El figón de _El Imparcial_, La Montaña... Por estos desahuciables lugares hemos arrastrado la ilusión nuestros veinte años, hemos contemplado nuestro rostro, nuestra pipa y nuestras guedejas en los viejos espejos, y ante estas mesas--mientras nos servían el ligero condumio--hemos declamado nuestros primeros sonetos en obsequio de algún amigo, también portalira, con mucho pelo y muchos sueños bajo las haldas enormes de su chambergo.

La Precisa era un figón muy interesante. Y también diremos muy doloroso. Tenía un comedor interior muy lóbrego donde se juntaban empleados de exiguas mesadas, con sus chaquets ribeteados de trencilla parda y los calzones en hilachas, ilustres mártires de la Administración, en la lamentable compañía de sus esposas y de sus criaturas--la infancia fea por el tatuaje de la miseria--, que palmoteaban gozosas ante los

manteles vinosos y corcusidos, exclamando:

--¡Qué gusto, hoy vamos a comer de fonda!

Una tortilla costaba un real; una sardina, cinco céntimos; una ensalada, otros cinco; un plato de legumbres, 15...; un _bifteck_ con patatas, dos reales. Cuando algún parroquiano pedía este plato inusitado, el mozo dudaba antes de servirlo, o murmuraba suspicaz:

--Este pájaro «está en dinero». Debe de haber cometido alguna estafa...

Iban algunas viejas pensionistas que «tenían crédito» en la casa, muy parlanchinas, que contaban antiguas grandezas de cuando vivía su esposo, el «brigadier», y daban saraos y «salían todos los años». Las viejas solitarias suelen estar un poco locas. Todo el pasado les está hablando constantemente y les pesa sobre sus pobres huesos desvencijados y sobre sus almas saturadas de las antiguas coqueterías, de sus eternas frivolidades de mujer. Suelen tener un amor furioso y extravagante hacia los perros y los gatos. Una desviación caricaturesca de sus maternos instintos estériles o frustrados. El día de cobro gustan de beber un poco, porque el aguardiente es un diablejo galante y piadoso que les hace olvidar que son muy pobres y demasiado viejas.
..

Aparte de los aprendices de literato, los demás eran el bajo fondo de la clase media. Los literatos no pertenecen a ninguna clase social. Don

Uriarte de Pujana, por ejemplo, confía en ser jefe del Estado de un momento a otro, tiene amores con grandes duquesas y cena chicharrones en cualquier tabernón. Esto es: la política, la aristocracia y el pueblo que se funden en el radio de acción de nuestro intrépido amigo.

El restaurante del Loro--tenía un magnífico y odioso loro disecado pendiente del techo--presentaba «las mismas condiciones de economía y pulcritud». Allí oímos cantar por primera vez a una gentil cantatriz que después conquistó puestos honrosos en el Arte. Cantó la «Siciliana» de Cavalleria rusticana; todos los poetas nos enamoramos repentinamente de ella y la dedicamos apasionados sonetos. Su padre, que era zapatero, muy emocionado por nuestra ofrenda, se brindó heroicamente a componernos las botas a todos los poetas, gratuitamente.

Muchas familias de «náufragos provincianos» caían en los figones, «personas decentes» que rodaban los escalones de la penúltima miseria. Haremos notar que nunca se debe decir la última miseria; es una imprudencia que puede molestar a la Desgracia, y entonces nos apretará más el resuello. Siempre hay mayores extremos de dolor, y callar es bueno. Estos provincianos adquieren de la corte la misma opinión de madama Zarathustra:

--¡En Madrid se come muy mal!

Se come mal y se duerme mal... y caro. A los vagabundos que no tienen domicilio fijo y duermen en las posadas les cuesta siete u ocho duros al mes y no tienen casa en realidad, sino una yácija para tirarse de noche. Notad qué importancia adquieren estos menesteres de dormir y comer en la contemporánea literatura de costumbres. El aprendiz de literato añade la musa de la alimentación a las otras nueve hermanas.

Hay algunos habituados a La Precisa y a los dormitorios de la calle de Peña de Francia o de casa de la Coja. Son los espíritus paralíticos que no saldrán jamás de ese ambiente que si es pintoresco, también es amargo. Es igual que la bohemia, que es un puente que se pasa bien en la juventud; pero es peligroso seguir de por vida de borracero con esta triste querida del arroyo, que al par de nosotros va envejeciendo y en seguida pierde su salvaje belleza y la alegría de la primera hora ilusionada.

El viejo poeta Nerval

GERARDO de Nerval es un nombre desconocido de nuestro público. Fué un gran poeta francés que, hace muchos años, una noche lúgubre de enero, se fué de la vida, ahorcándose del hierro de un tragaluz, en la horrible y sucia calleja de la Vieille Lanterne, en un rincón

del París de los
apaches y de las buscadoras de amor.

Perteneció a la generación literaria de Gautier, de Balzac, de Baudelaire, de Murger y de Houssaye; época de la bohemia dorada, pintoresca y espiritual. Los amplios bolsillos de su levita negra eran una amplia biblioteca ambulante. Libros de versos, de filosofía, de estética, e innúmeros cuadernos de apuntes. Nerval amaba lo raro en la vida y en los libros; fué un profundo orientalista--además de un exquisito poeta--, y se inició en todos los ritos esotéricos. Tradujo el _Fausto_, y Goethe le escribió estas palabras: «Nunca me he entendido mejor que cuando os he leído».

En 1836 publicó su _Bohemia galante_. Hizo, con Gautier, la crítica teatral en _La Presse_, y publicó interesantes trabajos; pero era un hombre tímido y solitario que desdeñaba la popularidad y los firmaba con seudónimos distintos. Tenía la inocente vanidad de que se le creyese un perezoso, y, en realidad, trabajaba intensamente, sin darle importancia, en un rincón de cualquier cafetín solitario, dando tregua a sus lecturas profundas y eruditas.

Dedicó la mayor parte de sus horas a crearse una vida fantástica y únicamente interior, que para él tenía una absoluta realidad, como aquel M. Joyeuse, de Daudet. Cualquier detalle que veía a su paso hería vivamente su imaginación; el resto de la novela se

elaboraba rápidamente
en su laboratorio mental. Se enamoró de una belleza
misteriosa, a la
que no dijo nunca nada de su cariño; pero un día qu
e la Casualidad, la
providencia de los poetas, le envió un montón de or
o, se fué a casa de
un mueblista y compró un amplio lecho Renacimiento,
con bellas
esculturas, entre las que se veía la salamandra de
Francisco I. Pero no
se había ocupado de alquilar un cuarto, y la magníf
ica cama fué a parar
a casa de Gautier... donde inútilmente esperó a que
reposase en ella el
cuerpo de la bella desconocida.

Tenía la fiebre de la lectura. Leía acostado doce h
oras de un tirón, y
encontró un modo extravagante de alumbrado: ponía e
n equilibrio sobre su
cabeza una gran palmatoria de cobre, que iluminaba
perfectamente las
páginas; pero, a veces, se dormía y la palmatoria r
odaba por la cama,
con grave peligro de incendio.

Acaso bebía un poco o se entregaba al opio; lo cier
to es que sus
extravagancias se hicieron muy frecuentes. Hubo que
llamar al médico,
cosa que indignó mucho a Nerval, que no comprendía
la ingerencia de la
ciencia total, porque un día se paseó por el Palais
Royal, llevando tras
sí un cangrejo sujeto por un largo cordón azul. «¿A
caso--decía--un
cangrejo es más ridículo que un pato, que una gacel
a, que un león o que
cualquier otro animal de que pueda uno hacerse segu
ir? A mí me gustan
los cangrejos porque son pacíficos, serios, saben l

os secretos del mar,
no ladran ni asustan a las gentes como los perros,
que tan antipáticos
le eran a Goethe, el cual, sin embargo, no estaba loco».

Tenía la preocupación del mundo invisible y de los
mitos cosmogónicos, y
cultivó los círculos misteriosos de Swendenborg y,
del clérigo
Terrasson. En un viaje que hizo por Oriente compró
una esclava «de piel
dorada y de cabellos rubios y el pecho pintado de
soles». Iba a
documentarse para escribir un poema de la reina de
Saba y de Salomón, y
se dirigió al Líbano.

Fué huésped de los jefes drusos y maronitas, «semejantes
antes a los burgraves
del siglo XIII».

Bien pronto olvidó los motivos literarios de su viaje,
y quiso penetrar
la doctrina secreta de los drusos. Un día, jinete en
su caballo blanco,
fue a visitar al Cheih Said Escherazy para pedirle
la mano de su hija,
«la attaké» Siti Salema. Esta virgen drusa aceptó a
Gerardo de Nerval,
le dió un tulipán y plantó un arbolillo, que debía
crecer con sus
amores. Pero el poeta, un día que iba a ver a su
prometida, divisó un
escarabajo y, tomándolo por mal augurio, renunció a
su pintoresco
enlace. Con todas estas noticias, conociendo su labor
poética, sus
inquietudes filosóficas y su fértil imaginación, que
contrastaba con su
vida de bohemio menesteroso, este soneto epitafio tiene
un gran interés

de emoción:

SONETO EPITAFIO

A ratos vivió alegre, igual que un gorrión,
este poeta loco, amador e indolente;
otras veces, sombrío cual Clitandro doliente.

..

Cierto día, una mano llamó a su habitación.

¡Era la Muerte! Entonces, él suspiró:--Señora

,

dejadme urdir las rimas de mi último soneto--

.

Después cerró los ojos--acaso, un poco inquieto

ante el helado enigma--para aguardar su hora.

..

Dicen que fué holgazán, errátil e ilusorio,
que dejaba secar la tinta en su escritorio.
Lo quiso saber todo y al fin nada ha sabido.

Y una noche de invierno, cansado de la vida,
dejó escapar el alma de la carne podrida
y se fué preguntando:--¿Para qué habré venido

?

Dijeron que se había ahorcado en una hora de locura
. Pero este epitafio
rimado demuestra lo contrario. Se fué de la vida en
la cumbre de una de
esas crisis morales en las que acaso el hombre alcanza
mayor lucidez.
¡Quién lo sabe!...

Hábitos y extravagancias de los escritores

EL público que ha sentido la emoción de la poesía,
que ha leído con las
comedias y que ha seguido febril por el interés los
episodios de un
héroe de novela, tiene, sin duda, una gran curiosidad
por saber cómo han
sido escritas las obras literarias de su predilección.
Aparte de las
interesantes _visitas_ de nuestro _Caballero Audaz_
, muy poco se ha
cultivado en España esta literatura íntima y anecdótica:
únicamente los
que establecemos nuestro _despacho_ en la mesa de un
café ofrecemos un
pedazo de intimidad al interés de los lectores. Zamacois,
Roberto
Castrovido, escriben sus admirables novelas y sus artículos
maravillosos
sobre una mesa de mármol, con un tinterillo menguado,
entre el
bullicio, envueltos en el humo de las salas de un cafetín
de barrio. Es
éste un milagro de aislamiento entre la muchedumbre,
para el que es
preciso una gran fuerza mental.

Valle-Inclán escribe en la cama, con lápiz. El pobre y
grande Felipe
Trigo no podía trabajar sino en unas cuartillas en un
tamaño de octavo
menor. Uno de nuestros más terribles revolucionarios,
que tiene la
suerte de estar casado con una bella dama andaluza,
urde sus furibundos
artículos... envuelto en un mantón de Manila de su
esposa. No digo su
nombre para evitarle el sonrojo ante los terribles
compañeros del
Comité de barrio.

Los franceses han cultivado mejor este género de literatura
íntima. Así

sabemos detalles interesantes y pintorescos. Molier e leía sus comedias a su criada conforme las iba escribiendo. Cuando a la buena mujer no le agradaba una escena el poeta la tachaba. Era _su pr evia censura_, el mismo espíritu del público para el cual escribía.

El poeta Delille era muy perezoso, y su mujer le encerraba con llave para que trabajase. Ella se iba a dar un paseo o a ver escaparates, y si acaso llegaba alguna visita, el pobre poeta secuestrado abría el ventanillo y exclamaba, con una resignación un poco cómica:

--¡Estoy cautivo! Le ruego tome asiento en la escalera; mi esposa no puede tardar en venir.

Cuando ésta llegaba, hacía entrar a los visitantes con visible malhumor, porque durante el tiempo de la visita el poeta no trabajaba. Delille solía recitar algunas estrofas del poema que estaba componiendo; pero su esposa le interrumpía violentamente:

--¡Eres un camello! No digas el _argumento_ de lo que escribes, porque alguno de estos señores te lo puede robar.

Delille se ponía colorado y los amigos se marchaban haciendo furiosas protestas de honradez literaria. En seguida la señora le colocaba las cuartillas delante.

--Ahora, querido poeta, a ganar el tiempo perdido.

--Si he trabajado mientras tú no estabas en casa.

--No importa. Tú sabes que cada línea _nos vale_ cinco francos aproximadamente. Es preciso hacer versos, hasta veinte duros, antes de almorzar.

Y le dejaba encerrado con llave en su despacho.

Balzac fué también un forzado del trabajo literario. Murió literalmente víctima del exceso de labor. Se acostaba a las seis de la tarde y se levantaba a las doce de la noche, se envolvía en una especie de capuchón frailuno, tomaba un gran tazón de café y a la luz de una araña de siete bujías trabajaba hasta las doce de la mañana. Conforme iba escribiendo arrojaba las cuartillas al suelo, sin leerlas y sin numerarlas. A las doce entraba su criado a traerle el almuerzo, recogía las cuartillas esparcidas y las llevaba a la imprenta.

Los impresores temían a las cuartillas de Balzac. Era para ellos como una pesadilla. En pruebas, las rehacía totalmente. Teófilo Gautier describe de este modo pintoresco las pruebas de imprenta de Honorato de Balzac:

«Unas rayas gruesas partían del principio, del centro, del fin de las frases hacia las márgenes de arriba a abajo, de izquierda a derecha, con infinitas correcciones. A veces parecía un castillo de pirotecnia dibujado por un niño. Del texto primitivo apenas quedaban algunas palabras. El autor trazaba cruces, círculos, signos

griegos, árabes...,
figuras ininteligibles, todas las llamadas imaginables, para fijar la atención del tipógrafo. Tiras de otro papel atiborradas de escritura iban adheridas a las pruebas con alfileres».

Gautier escribía muy de prisa. Las novelas que publicó en La Prensa las iba haciendo diariamente en la misma imprenta, entre el ruido ensordecedor de las máquinas. Aurora Dupin gozaba de parecida facilidad. Trabajaba de un tirón ocho horas diarias, con la condición ineludible de que había de ser por la noche.

Todo lo contrario fué el gran novelista Gustavo Flaubert, que después de horrenda lucha con su estilo torturado, en una sesión de diez horas sólo podía producir una cuartilla impecable, eso sí, y maravillosa.

Alejandro Dumas, padre, se contentaba con un vaso de limonada. Balzac hacía un enorme consumo de café, y Aurora Dupin, la Jorge Sand, fumaba como un marino. Alfredo de Musset buscó en el ajeno, el terrible y literario brebaje, la inspiración que le abandonaba después de la catástrofe espiritual de Venecia, cuando su amante le burló con el médico Pagello.

Gerardo de Nerval, el admirable poeta bohemio, tan desconocido en España, no podía escribir en su casa... cuando la tenía. Si una revista le encargaba un artículo, se iba a cualquier café. Sacaba de su bolsillo

el tintero, un montón de plumas, papeles, libros. Era todo su ajuar.

Cuando acababa de escribir el título llegaba un amigo inoportuno.

Gerardo volvía a guardar su biblioteca ambulante y se marchaba a otro café, donde la escena solía repetirse. Y así, al cabo de recorrer todos los cafetines, podía terminar su labor.

Villieres de l'Isle-Adam, el autor de _Cuentos crueles_, se retiraba a

su casa al amanecer y dormía hasta las doce. Se bebía una taza de caldo

y en seguida se disponía a escribir, sin levantarse de la cama,

sostenido por varias almohadas. Tenía a su alcance muchos lapiceros, y

trabajaba hasta las nueve de la noche, hora en que se levantaba para ir

a pasar el resto de la noche en alguna taberna de Montmartre.

El más lamentable era Paul Verlaine, vagabundeando por las zahurdas del

París nocturno, borracho de ajenjo. El poeta de _La cabeza de fauno_ se

sentaba junto a un vaso del glauco veneno con una hoja de papel. A veces

garrapateaba algunos versos, musitando palabras confusas, o bien

arrojaba la pluma con rabia, se retorció las manos o las agitaba en el

aire, con estremecimientos de epilepsia. Después apuraba su vaso y

tornaba al trabajo, como un sonámbulo.

La manera de escribir, los estimulantes y las íntimas extravagancias de

los escritores célebres son un curioso detalle de su psicología y

ofrecen un gran interés para los lectores. Por eso

mismo hemos recogido
estos apuntes anecdóticos esparcidos acá y allá en
las biografías y en
las revistas francesas, más curiosas de la vida al
detalle de los
grandes hombres que las revistas españolas.

Los argonautas del vellocino de... cobre

SEGURAMENTE vosotros, buenos burgueses, tenderos ad
inerados y
covachuelistas ecuanímenes, no conocéis la moderna co
fradía de titiriteros
o piruetistas. Sin embargo, los habéis visto en las
aceras de la Puerta
del Sol, y al demandarles su ruta os habrán contest
ado con un gesto de
amable despreocupación:

--Ya ve usted, por aquí, navegando...

Porque las rúas de la corte son mares procelosos po
r donde bogan estos
navegantes en busca del vellocino, que suele hallar
se en la gaveta de
algún amigo ingenuo y sentimental.

Yo quiero ponerlos al corriente del pintoresco vocab
ulario de esta
triste gallofa contemporánea, para que no hagáis ma
l papel en sociedad,
en la arbitraria sociedad de los nautas de lo impre
visto, funámbulos de
la casualidad y piruetistas de la Puerta del Sol, q
ue es un lugar más
peligroso que Sierra Morena en el período heroico d
e los bandoleros.

--¿Adonde vas, inmenso poeta?

--Aquí, a la _Maison_; voy a ver si _opero_ a mi _a migaso Panchito Bengalí_, ese escritor americano.

Porque en Madrid hay siempre un americano _operable_, lo que en tal germanía o jerigonza quiere decir sujeto que da una s monedas fácilmente.

Ved un modelo de _operación_ epistolar:

«Señor: Los garbanzos baten el _record_ con Vedrine s: se hallan en estos momentos a dos mil metros de mi estómago desalquilado. ¿No le parece a usted una absurda paradoja que los garbanzos vuelen? Para hacerlos aterrizar necesito que usted me tienda un cable de catorce reales...»

Y el operado no puede menos de admirar un estilo tan literario y tan metafórico, y da las tres cincuenta.

Llámaselos funámbulos o equilibristas porque su vivir es una cuerda floja que se tiende a diario de un extremo a otro de la corte, en donde ellos ejercitan ejercicios muy peligrosos. Lo difícil está en que no se les vaya un pie y caigan de bruces sobre algún artículo del Código penal.

Sus piruetas consisten en dar un salto mortal y caer en casa de algún amigo a la hora de comer, y son titiriteros porque trenzan volatines y corvetas para vender libros viejos y hurtarles otros, en un descuido, a

los mercaderes de libros, aunque este ejercicio mejor estaría llamarlo de prestomania o magia de salón.

--¿Tienes algún _nombre_?

Esta es la pregunta de ritual entre los operadores. Quiere decir el _nombre_ de una persona que dé dinero. El novelista D. José María Mateu ha sido un gran _nombre_ para la seudoboemia. Gálvez, el _peligro Gálvez_, más temible que el peligro amarillo, llegó a visitarle a las tres de la madrugada--Mateu se acuesta temprano--para pedirle un montón de calderilla. Mateu, dulce, tímido, con su perilla rubia, que parece una perilla de teatro, padeció a Losada, el músico orangután, _la bestia lírica_--que tenía un gran talento--, y a Granados, la _bestia jurídica_, que tras de un discurso leguleyo con con siderandos y resultandos, acababa por pedir cero cincuenta. La gente, por no oír su oración forense, más aburrida que un artículo de fondo, le daba el dinero. Otro gran _nombre_ es Reynot. Por su elegante gabinete han pasado los gabanes más mugrientos, los chapeos más abollados, los zapatos más ruinosos. Reynot siente una gran satisfacción protegiendo las letras patrias... con un montoncito de perras gordas. Su tiempo precioso ha estado dividido entre la filantropía literaria y el servicio de incendios. En todos los cafetines y los palacios nocherniegos se habla de este elegante y ex municipal Mecenas con gran encomio.

Los pedigüeños saben bien que a los comerciantes no se les puede sacar dinero. Son de una brutalidad incommovible. Os hablan de que _el cajón es menor de edad_ y otras cosas beocias. Un violinista sin albergue fué a _operar_ a un tendero gallego, y entró en su almacén tocando la _alborada_ de Veiga... ¡Y luego dicen que la música domestica a los animales! El pobre músico tuvo que terminar su melodía y la noche en un banco de Recoletos.

Para pedir dinero es preciso ser un psicólogo sutil. ¡Nadie lo da generosamente! Hay que saber explotar la vanidad, el vicio o el secreto de alguna intimidad tortuosa. El dolor, la miseria, la injusticia no le interesan al que no las padece. Y esto lo saben los doctores de esas aulas de tragicomedia que están siempre abiertas en las aceras cortesanas.

Y estos lamentables bigardos os dirán que son filósofos, cronistas y poetas. Algunos tienen talento, aunque no pueden vivir de la pluma. En España la selección está hecha al revés. La inteligencia, incluso el genio, es menos útil que la asiduidad, la adulación, la laboriosidad y otras virtudes de oficinista. La tragedia de Edgar Poe se repite todavía. Además, casi nadie tiene sentido de lo bello, y la literatura les interesa a pocos. Y existe una leyenda cruel y sarcástica desde Cervantes hasta hoy. Se dice que el insigne manco n

o cenó cuando terminó
el _Quijote_, y se cree que es muy gracioso que los
literatos no
almuercen nunca. Parece muy literario, muy de _leye
nda_ eso de las
hambres artísticas.

Por eso los aprendices de literato se lanzan a la P
uerta del Sol,
intrépidos argonautas del vellocino de cobre. Pero
no todos los que
comen en la Precisa y en Próculo y los que duermen
en la yácija de Han
de Islandia son _intelectuales_. La mayoría sólo so
n _navegantes_... que
en las turbias aguas tienden su anzuelo a la sombra
de la bohemia
pintoresca.

Porque, en realidad, lo que más les interesa es ir
comiendo (vidas
vacías, paralíticas, ex vidas en las que los ideale
s se han
desmoronado), y por ello sólo se afanan los _operad
ores_, los
piruetistas, toda laseudoliteraria gallofa de es
te momento.

La última copa de Edgard Poe

EN los banales y sutiles ajetreos de la farándula p
olítica, en que el
favoritismo se yergue en divinidad sobre su propia
bahorrina, es
edificante la evocación de un episodio hondo de des
olación inquietante y
cruel, de la vida extraña de aquel inadaptable geni
al, de «aquel celeste

Edgardo» cuyo nombre figura en esa fúnebre antología de anormales y degenerados entre los otros grandes locos: Nietzsche y Baudelaire.

Poe fué un precursor de esta moderna opinión de que la ciencia debe ser el fundamento de todo arte. Químico, matemático, médico, oficiante solemne de las capillas herméticas de abstrusas ciencias, su paso funambulesco por la vida tiene algo de liturgia alada, real y demoníaca a la vez. A trechos por el ultramisticismo de apoteosis de sus poemas pasa una desolada sombra de horror: el ala angustia dora y proterva del monstruo del alcohol.

Y así nos ha dado las más hondas y raras impresiones que artista alguno dió a la humanidad en todos los tiempos. Hay en él voces misteriosas, angélicas, ungidas; iniciaciones de todos los arcanos; ecos del cielo, de la tierra y también del infierno. Tal vez fuera la noche, en cuyo seno vagaba borracho en todas las ciudades y a todas las horas; la noche, tan medrosa, tan aristócrata, tan reveladora, la que ponía en su corazón esas palabras ultrahumanas, tan únicas en su regia originalidad, tan perennemente emocionales.

Y también como en ésta, en aquélla y en todas las épocas, había una dorada medianía culta, un rebaño de hombres equilibrados, fácilmente moldeables a todas las formas y a todas las conveniencias; una humanidad correcta, honorable, de tan glorioso sent

ido común, que
rechazó de su seno, babeó la reputación y mordió la
sandalia de aquel
extravagante perturbador de la buena armonía de las
costumbres, de aquel
inadaptable inmoral. Y se dió el caso estupendo de
que en algún
periódico le pagasen menos dinero que a los demás,
reconociendo la
superioridad de su talento; y por eso mismo, porque
su arte era
«demasiado original».

Y esa cualidad no la perdonan nunca la poetambre, ni
los paladines de la
frase hecha.

Avanzando en la miseria hosca, en la confidente sol
edad que le era tan
amable; eterno trashumante, muerta su mujer, la dulce
Virginia, esa
bella sombra añorante que pasa por los versos de _El
Cuervo_, esa
«incomparable y deslumbradora doncella que los ángeles
llaman Leonor»,
errando, pues, por el mundo, llegó a Baltimore la noche
antes de unas
elecciones de diputados.

La ciudad hervía en la agitación huraña de esos momentos.
Poe entró en
una taberna y bebió, bebió incesantemente en unión
de un antiguo y
fatal camarada que el azar le deparó.

Ya a la madrugada, en ese punto visionario y absurdo
de los borrachos,
en que el alcohol hace bailar a todas las cosas una
zarabanda
fantástica, habiendo sido reconocido por algunos, el poeta
se vió
obligado a recitar sus versos entre el ulular delir

ante del concurso y
el ambiente plúmbeo, homicida, del antro.

Una de las muchas rondas que recorrían la ciudad re
clutando a lo florido
del hampa, a los bigardos y galloferos de todas par
tes que andaban
lampando por las calles, para acarrearlos a votar a
l día siguiente, topó
con el grupo de borrachos en que iba Poe, y todos j
untos fueron
encerrados en una mazmorra donde les dieron de bebe
r, de beber hasta el
enloquecimiento.

El poeta, que estaba consumido por ese horrible mal
que se llama
combustión espontánea, votó al día siguiente entre
aquel enjambre
borroso y hediondo, y, al apurar la última copa que
le brindaron, cayó
definitivamente herido por el _delirium tremens_.

Pocas horas después murió aquel portentoso artista
en el anónimo
desconsolador de un hospital. Sus compatriotas se c
ebaron cruelmente en
su memoria, y el periodista Rufus Griswold, que hab
ía sido su amigo,
hizo una repugnante campaña de difamación, caliente
aún el cadáver de
aquel desgraciado superior.

La vida del cantor de Ligeia, esa extraordinaria mu
jer, prodigio de
carne y maravilla de inteligencia, nos da la impres
ión de una negra
pesadilla, de una taumatúrgica alucinación de opio,
por donde vaga la
sombra sonámbula de ese triste discípulo de un fata
l y desventurado
maestro, cuya voz repite ese único y desolado estri

billo:

«Nunca más.»

Los poetas borrachos

YO tengo un aborrecimiento absoluto a los borrachos
: me parecen larvas,
ex hombres, gárgolas, algo grotesco, monstruoso y t
errible a la vez. Sin
embargo, mis grandes admiraciones literarias van ha
cia los poetas
borrachos.

Es mi espíritu, lo más hondo, tumultuoso y atorment
ado de mi espíritu,
lo que comprende la absurdidad de los borrachos, au
nque mi yo
superficial, el hombre social, los deteste. Poe, Ve
rlaine, Musset,
Nerval, Darío son nombres venerandos de mi iconogra
fía sentimental.
Todos ellos fueron tristes y gloriosos borrachos.

No comprendo bien la causa de que tan altos y armon
iosos espíritus hayan
caído en las simas de «ese demonio más terrible que
todas las
enfermedades».

Baudelaire escribió: «Cuidad de estar siempre ebrio
de amor, de virtud o
de vino». El reloj del poeta marcaba siempre la hor
a de la embriaguez.
Sin embargo, Baudelaire no fué un beodo cotidiano a
la manera de
Verlaine. Escribió palabras muy sensatas, muy burgu
esas--como él

diría--, contra el opio, el haschid y el alcohol. «La droga funesta no crea nada; produce una hiperestesia nerviosa; es un préstamo con interés ruinoso que se hace al cerebro».

El mismo poeta de *Les fleurs du mal*, explica en el prólogo de las obras de Edgar Poe la causa de la embriaguez del bardo del Horror de una manera clarividente: «Poe no bebía con placer: bebía bárbaramente, como si quisiera matar algo dentro de él mismo». Y después: «Poe creaba personajes terribles o grotescos en medio de una tempestad de alcohol, y para volver a encontrarlos recurría a la bebida. Era seres que sólo se podían desenvolver en ese ambiente verdoso y translúcido y a él había que acudir para continuar la plática interrumpida».

Estas tres citas--hechas de memoria--constituyen una explicación y una defensa de la embriaguez de los poetas.

En los poetas románticos, de inspiración, es más aceptable ese vicio absurdo y abyecto--yo juzgo de esto con un criterio rabiosamente burgués--. Es raro en Poe, que fué el espíritu del equilibrio, del análisis matemático--ved *La carta robada*, *El doble crimen de la calle Morgue*, *El escarabajo de oro*--, que al escribir sus cuentos enunciaba y resolvía los más sutiles problemas matemáticos.

¿Existirá una lógica, una armonía dentro de la absurdidad de la borrachera? Poe, haciendo esos por las calles de Nu

eva York la mañana
que se publicó _El Cuervo_, era un montón abyecto d
e carne, un borracho
grotesco; pero ¿qué maravillosas creaciones se forj
aban en su
laboratorio interior? _Ligea_, _Eleonora_, M. Valde
mar vivían dentro del
poeta en maravillosa lucidez, mientras que yacía al
etargado en el seno
de una «tempestad de alcohol».

En mis investigaciones ocultistas la figura de Poe
se me ha aparecido
repetidas veces. Poe fué el poeta de lo Invisible.
El alcohol era el
puente por el que cruzaba en dirección al astral. T
odas las larvas, las
almas de los magos negros, el espectro de los muert
os, los vampiros y
los incubos y sucubos demoníacos fueron amigos del
poeta y le dictaron
sus escaloriantes episodios de pesadilla. La doble
personalidad fluídica
de Poe convivió con ellos en esos reinos alucinante
s y verdosos, donde
las flores tienen hedor de putrefacción, danzan las
almas de las brujas
y se fraguan los infanticidios y los asesinatos sin
causa, mientras el
cuerpo del bardo, embrutecido, dormía la borrachera
en cualquier
callejuela de Rischmond o de Nueva York. Mister Val
demar desmoronándose
en su espantosa podredumbre. Ligeia reviviendo en e
l cadáver de Mistress
Rawena, el ojo terrible del gato negro y el corazón
revelador, que
resuena como el golpe de un reloj de pesadilla, par
ecen imaginación
vívida en el plano lívido del astral. Poe vivió una
subvida
taumatúrgica. Tuvo el arte de dar a todos sus monst

ruos, terribles y
grotescos, una armonía matemática, que pudiéramos l
llamar lógica de lo
absurdo. Éstos eran los amigos a los que, según Bau
delaire, iba a buscar
por el horrible camino en donde cantan las sirenas
de la embriaguez.

Yo le brindo la idea de escribir acerca de Poe ocul
tista al espíritu que
más sabe de esto y de otras muchas cosas: a Mario R
oso de Luna.

He conocido muchos poetas borrachos, que pudiéramos
llamar borrachos
románticos. En su labor literaria no existe jamás l
a terrible visión de
Poe, ni su armonía matemática. Fueron y son vicioso
s del alcohol, sin
que su vicio favorito influya en su obra. Poe es ap
arte. Sus borracheras
son fecundas, así como las de Paul Verlaine. Son lú
cidos, con una
maravillosa clarividencia, a través de las brumas e
spesas de la
borrachera.

Musset bebió románticamente para olvidar. No se pod
ía ya embriagar «de
amor ni de virtud» y se embriagó de ajeno. «Cuidad
de estar siempre
ebrios», dijo Baudelaire. Bebía el «pobre Alfredo»
para llenar el vacío
de su vida frustrada sentimentalmente, pero nunca l
e debió nada al
alcohol; sus borracheras fueron «oscurecidas», como el
fondo de una sima, y
al cabo la llama azulenta le abrasó el cerebro y su
frió el horrible
dolor de la impotencia en plena apoteosis de gloria
y de juventud. Rubén
Darío también bebió para no sentir la vida demasiad

o dura en la carne
viva de su corazón de poeta.

La vida es dura, amarga y pesa;
¡ya no hay princesa que cantar!

Poe bebía bárbaramente, como si quisiera «asesinar algo en si mismo». Nuestro admirable y dulce poeta Manuel Paso también se suicidó abrasándose las entrañas y el cerebro en un océano siniestro de aguardiente.

Baudelaire huyendo del burgués de París, Rubén asfixiado por la estupidez del ambiente, Musset ahogando un dolor amoroso, son borrachos corrientes y hasta vulgares. Poe y Verlaine, los clarividentes, me interesan más que todos, porque su órbita literaria estaba en el fondo de esos extraños paraísos violáceos.

Beber, para olvidar un dolor o para ser valiente ante las luchas cotidianas, me parece una pueril equivocación. Hay que tener serenidad, firmeza moral contra todas las celadas de la vida. «El alcohol, el opio, el haschid no crean nada; prestan al cerebro una energía de momento con un rédito ruinoso». La inspiración no está encerrada en una botella.

Yo creo esto firmemente; pero, ¿cómo vamos a negar a algunos espíritus desventurados esa puerta de escape de una realidad abrumadora, estúpida y hostil? Una puerta que, como en Poe, acaso conduce a un plano espiritual, perfectamente absurdo, donde viven esos

seres misteriosos
que se ven en las alucinaciones, y que yo--teosófic
amente--sospecho que
tienen una completa, aunque invisible realidad.

Un duelo romántico

POR las frívolas y fugitivas crónicas de actualidad
ha pasado como una
evocación antañona la figura hidalga, pomposa y ant
igua del buen
soldado, caballero y poeta D. Juan de la Pezuela, c
onde de Cheste.

Era una silueta de otra edad. Como el famoso caball
ero Don Álvaro, era
hijo de un virrey del Perú, y al resurgir ahora, en
nuestro siglo
mecánico y vulgar, nos ha parecido una figura pinto
resca y gallarda de
un poema donde hubiese sonoros surtidores y pelucas
rizadas.

Perteneció a una generación literaria cuya voz escu
chamos ya desde muy
lejos. Nosotros recordamos con un poco de estupor l
os preceptos
artísticos de D. Alberto Lista, a los cuales ciñóse
estrictamente, tal
vez sólo por devoción personal al maestro, hasta en
las postreras regias
salutaciones que trazó su mano senil venerable.

Con Espronceda, Ros de Olano, Enrique Gil y Florent
ino Sanz asistía al
cenáculo del café del Príncipe, amable lugar donde
se forjaron algunas
de esas queridas narraciones que tanto nos han emoc

ionado en nuestros
primeros devaneos sentimentales, cuando pasábamos horas enteras
devorando las pintorescas ediciones de Gaspar y Roig.

Y fué allí, entre románticas melenas y retóricos madrigales, en la
exaltación de la nueva escuela revolucionaria y las violentas
aspiraciones de libertad, expresadas en odas y octavas reales, donde el
bardo que elogió a la atormentadora Teresa tuvo el mal acierto de lanzar
sus sarcasmos byronianos contra la rigidez de escuela o las virtudes
militares del conde de Cheste.

En aquel mismo punto quedó concertado el lance, como en aquel tiempo
galano en que los poetas hampones se batían por un soneto en las
encrucijadas del viejo París.

Caía la media noche cuando los combatientes se hallaban junto a la
puerta del cementerio de San Martín. El claro de luna encantaba
melancólicamente la fúnebre decoración. A la siniestra mano extendíase
el bello jardín de los muertos, con sus anchas columnatas y sus calles
de nichos vacíos. Quizá un ruiseñor cantaba entre las ramas de un ciprés
religioso y sombrío como una elegía. De la honda paz de la tierra tal
vez surgían esos rumores vagos, misteriosos, inquietantes, que parecen
diálogos del más allá.

Ambos caballeros se despojaron de las largas capas y de los sombreros de

ala plana. El cronista se finge el rostro pálido, d
emacrado de
Espronceda, con los ojos ardiendo en la fiebre de s
u constante delirio
sensual, iluminado por la luna. Tal vez llevara den
tro su cerebro un
rayo lunático y visionario, quien pasó por la tierr
a enamorado
líricamente de la pálida Prometida.

Las hojas de acero brillaron y se cruzaron gallarda
mente. Breve fué la
lucha: Espronceda, cuya naturaleza estaba aniquilad
a por su vida de
vértigo, cayó en tierra herido de un sablazo.

Y así se dió fin a este episodio raro, pintoresco y
triste, que era bien
digno de la rima.

Esta vida serena, suave y rectilínea que acaba de e
xtinguirse bajo la
pesadumbre de noventa y seis años, nos da una emoci
ón de vaga tristeza y
de simpatía. Pensamos en esa figura noble y artísti
ca como un retrato
antiguo, superviviente de todos sus contemporáneos,
haciendo sus
apacibles paseatas por las calles muertas de Segovi
a, la vieja, viviendo
una vida arcaica y cristalizada entre los muros gri
ses de las rancias
mansiones infanzonas, con escudos de piedra y los p
alacios grises
eternamente cerrados. Pensamos en la inquietud ínti
ma de ese espíritu
que había visto desaparecer tantas cosas y tantos a
mores, preguntarse al
amanecer de cada día: «¿Será hoy?», e inclinar la f
rente coronada de
plata y sentir el corazón turbado ante la evidencia
del angustiador

misterio. Muchas veces, al pasar por el pardo caserón de la calle de Pizarro, donde habitaba los inviernos, hemos evocado su silueta entre la grave penumbra de los viejos salones y le hemos imaginado trazando sobre amplias cuartillas renglones cortos de musa ingenua y familiar, para convocar a sus íntimas reuniones familiares, que eran como una evocación de los tiempos pretéritos. Y al comenzar en estas lamentables tardes de otoño a amarillear las hojas de los árboles para al fomar después las calles solas de su pequeño jardín y la lámina verdosa de las fuentes mudas, hemos pensado con pena que quizá el noble anciano no viera en la caída de las hojas sólo la aproximación del invierno.

Algunos críticos opinan que su labor literaria no ha sido muy completa. Lo más interesante ha sido su vida, una de esas vidas antiguas y fecundas de soldado leal y valeroso, caballero de clásica hidalguía española, erudito y poeta como aquellos capitanes de la Conquista, que de día vivían en poema épico, y en el encanto de las noches tropicales rimaban las nostalgias de la patria o ardientes serenos a los ojos de las limeñas.

Era una figura de otra edad. Una silueta de aquel buen tiempo de las melenas románticas, en que los poetas constituían la verdadera y lógica aristocracia; aquel buen tiempo en que había duelos pintorescos junto a las tapias de los camposantos por la belleza de un

soneto, en que el
romanticismo era como un vino generoso y locuaz que
hacía soñar a todas
las cabezas aun en un ambiente tan antiestético como el de la política.

Aquel buen tiempo de los poetas, porque se estimaba
que cantar es la más
bella expresión del alma humana.

Las manos de Elena

UN pintor bohemio rugía en una noche memorable, mientras el frío se
colaba entre sus andrajos y el hambre bailaba en su
cabeza descoyuntada
danzas absurdas.

--Debiéramos desenterrar y quemar los restos de Murguier.

Era una noche sagrada y familiar. Hasta los más humildes tenían en aquel
momento un poco de fuego y de cariño. De los interiores iluminados
salían hálitos suaves de serena felicidad, y en el
aire flotaban, como
surgidas del fondo de los tiempos antañones, las melodías ingenuas de
los villancicos pascuales.

Por las calles, algunos perros vagabundos y nosotros.

Y es que nuestra bohemia ha sido un negro camino de
soledad y de
pobreza. No han florecido en nuestros episodios las
risas de Museta ni

las lágrimas de Mimí, ni nuestra madre la Locura no
s ha prestado su
corona de cascabeles.

Sólo una bella y triste sombra, fugitiva y perfumad
a como la juventud
que huye, ha puesto algunos besos y algunas risas e
n nuestras noches
trashumantes y sin asilo.

Tenía un nombre poemático, célebre en los anales de
l amor. Elena era su
bello nombre. Era alta, rítmica, flexible... En sus
ojos garzos, hondos,
de un hechizo inquietante, dormían las visiones de
su vida encanallada,
siempre unánimes y vergonzosas. Sus manos finas, tr
ansparentes y
monjiles, que parecían hechas para tejerse en los é
xtasis y para
filigranar ofrendas de vírgenes y capas pluviales;
sus manos, finas y
transparentes, eran doctas en los secretos del amor
mundano.

Cuando yo la conocí, tenía la desolada belleza de l
as ruinas. Su carne,
de azulinas transparencias, tenía la melancólica pa
lidez de los
tísicos, y hacía pensar, con pena, en la llegada de
esos días grises en
que caen las hojas de los árboles. Tenía un aroma v
ago y casi religioso:
olía a cera y a flores de mortaja.

Inició un fugitivo arpeggio sentimental en el cordaj
e de nuestros
nervios, en constante hiperestesia por el arte y po
r la vida. Todos la
amamos con una dulce piedad, sin violencias y sin d
elirios, con un
deleite que tenía algo de romanticismo, de rara emo

ción artística.

Amamos su belleza agonizante, con la intensidad de
tristeza que sentimos
en los adioses para siempre. Había en ella un misterioso encanto de
ultratumba.

Un músico poeta elogió en unos versos juveniles su
pobre risa, su risa
extraña e inconsciente, _la loca risa de Elena_. Y
ella, encantada con
la ofrenda lírica y galante, reía siempre que llegá
bamos a su lado;
soltaba la cascada de su risa metálica, vibradora,
epiléptica, cuyas
últimas perlas parecían sollozos estrangulados.

Su fisonomía moral parecía cristalizada y sin jugos
idad ninguna. Tal vez
la pobre profesional del amor no había sentido nunca
esa embriaguez
suprema, el amor sentimental que es la _mayor conquista de la
civilización_, como dice Sthendal, y por lo único que
vale la pena de
vivir, a pesar del espantoso Schopenhauer.

Nosotros le hablábamos alegremente de las cosas triunfantes de la vida,
cosas armoniosas entre sí: de locuras de juventud,
de fragancia de
primavera, de alegres cenas, de paseos campestres bajo la inmortalidad
del sol, de los víveres honrados, fecundos y serenos como mansas
corrientes. Y de besos.

Hubiera sido poco piadoso recordarle los melancólicos acabamientos que
nos rodean y que espejan la muerte en cada cosa que
miramos. Jamás la
hablamos de las despedidas, de las naves que parten

y de los corazones
ausentes, de las últimas notas de las melodías. Y s
obre todo, de ese
terrible fantasma del otoño.

Su vida había sido un amargo y desbordado rodar hac
ia abajo, como todas
las vidas y todas las cosas, hacia las negras aguas
del misterio.

Y aconteció que la misma noche que un periódico pub
licaba el elogio
rimado de su risa, una de esas sombras que cantan c
anciones lúgubres y
corrompidas en la alta noche, me dió la nueva amarg
a.

--¡La pobre ha muerto hoy en el hospital!

Entonces me asaltó el triste y tardío deseo de pose
er algún recuerdo
suyo, un bucle, un lazo que conservase su melancóli
ca fragancia
peculiar. Lo hubiera guardado con la misma unción a
morosa y sagrada con
que Rodolfo besaba el gorrito blanco de Mimí.

Porque la pobre muerta era un jirón de mi juventud
que se iba para
siempre.

Al vagar toda la noche en el alma desconocida e inq
uietadora de la
ciudad, evoqué, dolorido, sus manos marfileñas y mo
njiles, sus manos
celestes e impuras, divinamente tristes y cruzadas
en el fondo de uno de
esos pardos y siniestros ataúdes de hospital que co
nservan hedores de
otros cadáveres, y pensé, estremeciéndome hasta los
huesos, que en
aquella primera noche de la tierra ya el gusano con

quistador surgiría de
la podre de aquellas manos muertas, que besé tantas
veces y por las que
había sentido una rara pasión inmaterial.

Extravagantes imaginaciones, honda y taladrante rec
ordación del fin, que
obligan a la pobre carne aterrorizada, y al ánimo c
onturbado, a
refugiarse en la idealidad consoladora de un mistic
ismo.

Mi espíritu siente una inmensa ansia de infinito, q
ue fracasa en las
cotidianas banalidades; cuántas veces, al amanecer
de noches de
tempestad de alma, en que he hallado vacíos y mengu
ados todos los iconos
de la vida, me he arrojado a los pies ungidos de lo
s Cristos en demanda
de una emoción de eternidad.

El recuerdo de Elena suele inquietarme frecuentemen
te, y la veo, en la
transparencia de la evocación, con el hechizo de su
s ojos garzos y de su
cabellera magdalénica.

Y en el ritornello de la vida pasada surge un episo
dio canallesco: la
memoria punzante y angustiosa de una noche en que u
no de estos
pintorescos rufianes madrileños golpeó brutalmente
el pecho hundido y
flácido de la desventurada.

Ella ahogó su tribulación en el monstruoso refugio
del aguardiente.

Escenas de la mala vida, recuerdos de las horas boh
emias, negras y
desoladas, en que el hambre era absurdo funámbulo e

n nuestras cabezas y
lobo en nuestras entrañas. Las tengo cariño, porque
al cabo han sido ser
de mi ser.

Pero pienso como mi amigo pintor, que Murger ha env
enenado nuestra
juventud y nos ha hundido en la pobreza y en la sol
edad con el hechizo
de sus mágicas narraciones.

«Debemos desenterrar y quemar los restos de Murger.
»

Siles y su carrik

SILES era filósofo, poeta y cronista. Murió ciego y
pobre en el horror
sin nombre de un hospital, y su manera de morir fué
el obligado epílogo
de su vida loca, imprevisora, de titiritero de la l
iteratura.

Siles no era un escritor extraordinario, pero pocos
hombres tenían más
jugoso temperamento ni más riqueza de ilusión que e
ste pobre cantor
errabundo que ha caído para siempre, sin dinero y s
in gloria, y al que
las gacetas sólo han dedicado un pequeño lingote de
prosa vulgar.

El entusiasmo fué su gran energía, lo mismo en la m
iseria desolada, sin
más fortuna que su absurdo chaquet que en las horas
efímeras de
prosperidad. Siempre hablaba a gritos, de literatur
a, de teosofía,

aquel buen hombre franco, bebedor y mujeriego--todo lo que fuese desbordamiento de emoción y de romanticismo--que, a pesar de su cabello cano, tenía en los ojos tan riente derroche de juventud.

Y un buen día murió un tío de Siles dejándole toda su fortuna. Fué uno de esos tíos maravillosos, imprevistos y ricos que tienen la bondad de morir a tiempo y que apenas tienen realidad, como si sólo fuesen imaginados para desenlazar las malas comedias. Cayó sobre el bohemio un portentoso aluvión de miles de duros, y el chaquet fué sustituido por un carrik. Este fué el único cambio ostensible en su vida.

¿Qué extrañas armonías existirían entre el alma de Siles y su carrick?
¿Por qué este hombre, en vez de adquirir otro más adecuado indumento, se envolvió en aquella prenda grotesca de grandes cuadros negros sobre fondo amarillo?

Luego de esta valiosa adquisición, Siles se encerró en una torre de marfil, que alquiló por doce duros en una calle de Chamberí, y la media tostada fué sustituida por alimentos más respetables que redondearon la bóveda del vientre y lustraron su cara flácida y exangüe.

En breve espacio, uno tras otro, lanzó al público veinticuatro libros. Toda la esencia de su vivir lamentable, todos los sueños de su cabeza visionaria. Pero la gente no compró sus libros. En

inmensas pilas de
papel se amontonaban en casa del librero Pueyo, el
editor romántico de
la épica nariz. También ha muerto el pobre librero
sentimental, y puede
que sigan ambos devanando en el espacio sus diálogos
pintorescos. Pueyo
era una gran figura en la andante literatura de esta
época: él fué el
único que creyó en Siles, el que en los cafés solitarios
nos hacía leer
nuestros versos, después de escuchar un aria de _Marina_
o el racconto de
Lohengrin. Entonces se conmovía mucho y confesaba
que él también había
escrito versos en su juventud.

Cuando Siles echó fuera de sí su carga mental, tornó
a pasearse por los
cafés, por las tabernas, envuelto en su pintoresco
carrick.

Al cabo de unos años se quebró el cristal encantado
de la leyenda, y
volvieron los días de penuria y la sórdida pobreza
ululaba a la puerta
de su hostel. En los últimos tiempos se arrastraba
por los tugurios
tocado con un sombrero gris y desvencijado, con la
pipa humeante,
abatida sobre las barbas canas y enmarañadas, y en
los ojos ciegos un
gran deslumbramiento de ilusión.

Su _carrick_ destrozado era la rota bandera de los
días suntuosos y
efímeros, e inspiraba la desolación de una grandeza
en ruinas.

Pero siempre que le encontrábamos nos saludaba optimista
y sonriente,
con un gesto de clásico caballero español.

--Vaya usted a mi casa cuando guste. Vivo en un hotelito en el campo.
¡Hay allí una gran paz que invita a escribir!

Y el mísero vivía en una choza solitaria, perdida en un barranco de las afueras de Madrid.

Por su obsesión de escribir renunció a todo y sacrificó los cincuenta años de su vida. Todos sus artículos, sus versos, sus libros, no le produjeron una sola peseta, ni pusieron una sola hoja de laurel sobre su ataúd pardo y siniestro de hospital. A veces el arte es demasiado cruel; la vida y la vampiresa exige hasta la última gota de sangre de sus pobres ilusos.

Así caen destrozados entre la indiferencia los bravos paladines de la bohemia. Su fiera independencia espiritual, su altivo individualismo es la causa del doliente remate de esas vidas. Carecen de habilidad, de condiciones de mercader para administrar su talento. Producen bien o mal, por el gusto de hacer algo bello, por el anhelo de su alma de derramar lo que llevan dentro. Y mientras ellos cantan, las hormiguitas hacen su granero.

Siles ha muerto de una manera trágica; hallaron su cuerpo caído en medio de una carretera, de noche, como un montón andrajoso, y en un carro, como un fardo inútil, ni saber quién era, le llevaron al hospital.

Sirva la angustia sincera de mi corazón como plegaria por este cofrade,
que ya no volverá a recitarme sus sonetos en la alta noche, cuando ambos
ambulábamos por las calles como dos sombras de un mundo absurdo de
sueños de arte y de dolorosas tragicomedias.

Glosario pintoresco

POCOS escritores se alegrarán como yo de los faustos sucesos que le
acaezcan al poeta Villaespesa. He leído que, como dramaturgo, está
haciendo un paseo triunfal por América. Esto me agrada, porque lo
considero como el triunfo colectivo de un género, de una época y de una
pintoresca familia literaria.

Está muy bien y es muy justo. Lo que me parece es que ha tardado
demasiado en llegar. Un poco antes, y se hubieran evitado muchos cafés
con tostada, que es el régimen más absurdo de alimentación.

Villaespesa es de los poetas que han comido peor; como veis, esto es el
colmo de la redundancia. Pero él ha probado bravamente que se pueden
escribir versos admirables y soñar con princesas, alimentando la miseria
corporal con queso manchego y chocolate con churros.

Ha pasado por la vida misérrima sin enterarse, con los ojos vendados por

un jirón azul de ideal. Esta divina inconsciencia le ha librado de comprender que los camastros de la Posada del Peine son más propios para cenobitas, que gustan de atormentar el cuerpo, que para gente voluptuosa que guste de dormir a pierna suelta.

Tampoco aquel su suntuoso _alzacuellos de obispo_ era el último alarido del dandysmo ni de la comodidad. Pero de todas las menguas le salvaba su imaginación.

Un día de opulencia se encontró con Julio Camba. Villeta tenía un aire de gran señor, llevaba bajo el brazo un formidable envoltorio.

--Acabo de cobrar un libro y... me he comprado doce mudas.

--Hombre, me alegro mucho--exclamó Camba--; tengo una cita galante con una bailarina, con la...--y pronunció uno de esos nombres radiantes, cascabeleros, armados de voluptuosidad, que, desde los carteles teatrales, hacen latir violentamente a los corazones de veinte años--. Estaba muy triste, porque no podía ir por el estado ruinoso de mi _deshabillé_. Pero tú has venido a salvarme. Me darás unos calzones.

--La cosa es que, verás... calzones no he comprado ninguno.

--Me contraría mucho; pero, en fin, me darás dos camisetitas.

--Tampoco, porque yo creo que la camiseta es una pr

enda superflua, y no
he comprado ninguna.

--Bueno, hombre. ¡Al menos, me darás una camisa!

--Chico, la verdad, no puedo darte una camisa... en
tera.

--¿Eh?

Villaespesa desenvolvió su lío. Las doce mudas se r
educían a doce
camisolines, o sea doce cuellos y doce pecheras. ¡O
h, prodigios de la
fantasía!

La hermosa bailarina esperó en vano aquella noche a
Julio Camba.

Su labor teatral en América le dará dinero y gloria
. Empleará el magín
en forjar versos y situaciones dramáticas en lugar
de asaltar editores y
prestamistas. Porque con este honorable gremio, Vil
laespesa ha sido un
águila. Una vez empeñó una calavera, asegurando que
volvería a sacarla,
porque era un recuerdo de familia.

Estos episodios pertenecen a la época heroica de mi
generación
literaria. Cuando Camba era anarquista y sufrió un
proceso por injurias
a San Judas Tadeo; cuando un poeta dormía en el asc
ensor de un prócer
tonto y tacaño, que era tío del vate sin albergue;
cuando Barriobero nos
invitaba a comer las paellas que él mismo condiment
aba y llamaba a los
horteras _pinocentauros_, o sea cuerpo de hombre y
las patas de madera,
el mostrador. Cuando Pueyo nos llevaba a los cafés

con música y,
emocionado por las arias de _Marina_ o de _La Bohême_, nos confesaba que
él también había escrito versos en la juventud... Cuando vendíamos
todos los libros y empeñábamos todas las prendas--; oh, aquella levita
suntuosa de Bargiela!--, y Antonio Machado, el gran poeta, al recibir un
libro nuevo, exclamaba corriendo al tenducho del librero de viejo:

--_Sol de la tarde._ ¡Muy bien! ¡Café de la noche!

Elegía de un hombre inverosímil

¿CONOCÉIS algo más triste, más desvencijado, más fracasado que un
traductor? Es la forma más lamentable del desastre literario. Pues
Forondo era el traductor calamitoso, por antonomasia, entre todos sus
traspillados cofrades. Forondo tocaba el violín; pero, según se decía,
le expulsaban de todos los cafés porque al comenzar a tocar su violín se
cortaba la leche. Y esto perjudicaba mucho al crédito de estos
establecimientos. Poseía una bonita voz de canario flauta; pero no podía
ser aplicable en los coliseos mas que entre el coro de señoras, y
Forondo tenía una espesa barba multicolor que le impedía interpolarse
entre canoras hijas de Talía. Algunas mañanas cantaba los motetes en
algún templo, y por las noches acudía a un mitin socialista, porque

Forondo era un hombre terrible, enemigo personal de l Papa. Forondo era el autor de esta frase demoledora: «De tejas arriba no hay más que metafísica y gatos».

Nuestro amigo vino a Madrid a ser poeta lírico. Esc ribió un soneto y se dedicó al café con media con verdadera intrepidez. Envió su soneto a todas las revistas y le fué devuelto, «porque había mucho original en cartera». Un periódico no se le admitió porque su soneto era demasiado corto. Entonces escribió un poema en ciento catorce octavillas italianas, titulado «Dios»; pero tampoco se publicó , porque el director _opinó_ que «Dios» no era asunto de actualidad. Forondo carecía del sentido de la ponderación. Lo quiso ser todo y al fin no fué nada; esto es: finó siendo traductor. Elaboraba a brazo sus traducciones. «El pobre pequeño niño sacó su muestrcita. Eran once horas sonadas», o bien: «El desconocido llevaba un pantalón corto y una capa de l mismo color». Estas son unas donosas pruebas de su estilo de traductor.

Jamás tuvo ideas propias ni se compró un traje nuevo. Por dentro y por fuera iba siempre adornado con prendas que le estaban anchas. Cuando yo le conocí, Forondo vendía perros en la acera del Suizo. Él me vendió un lindo ratonero muy inteligente, que mordió al señor D. Pedro Luis del Gálvez, suceso que repitieron las gacetas. Mi ratonero tuvo razón. Era un perro consciente, como los ciudadanos de cualquier

er Comité de barrio.

Forondo dormía en casa de Han de Islandia, un espan
table hospedero de la
calle de la Madera. El joven montaraz y notable poe
ta Javier Bóveda le
conoció allí. Por cierto que se asustó mucho; morib
undo de tuberculosis,
con sus barbas rojas, negras, amarillas, y en calzo
ncillos, no era
precisamente una Venus saliendo de las olas. Salien
do de entre las
sábanas equívocas de su camastro, al fulgor luminos
o del candilón,
moribundo, famélico y derrotado, era más bien la al
egoría espeluznante
de la bohemia matritense. La historia de Forondo es
una novela ejemplar
para aviso de los jóvenes portaliras que sueñan en
su rincón provinciano
con esa musa trágica de Verlaine, de Manuel Paso y
de Alejandro Sawa,
estos grandes mártires de la religión de la literat
ura.

Era el amante ideal de la Cari-Harta y demás prince
sas de la gallofa.

Cuando no tuvo perros que vender se dedicó de lleno
a la traducción.

Trabajaba quince horas diarias, luchando con la dob
le dificultad de que
si bien no conocía el francés tampoco dominaba el c
astellano. Esta es la
especialidad de casi todos los traductores. Y ello
es natural y
corresponde a la generosidad de los editores.

Hace pocas noches Forondo llegó al cafetín donde se
reunía con otros
pigres. Estaba más enfermo, más pálido, más roto qu
e nunca.

--Vengo a despedirme de vosotros. Traigo media en las agujas...

Todos celebraron el símil taurómaco y le ofrecieron un _café con media de honor_. Después Forondo se marchó... se marchó a la fosa común.

Hambres, fríos, humillaciones. Acoso de hospederos, de mozos de café, alguna picardía peligrosa para extraer un poquito de calderilla. Y el desdén de los poderosos, de los burgueses; la soledad y el dolor. ¿Vale la pena afrontar todas estas tremendas larvas de la desgracia por haber hecho un soneto corto, según la opinión de un director de revista? El vicio de la literatura resulta demasiado caro.

Forondo se ha muerto. Yo le estimaba; estaba siempre triste, estaba siempre fracasado. Me inspiraba el afecto de la desventura. Pero algo queda sobre mi conciencia como un peso muy grave. Forondo me confesó que había seguido el camino de las letras y había caído en la Puerta del Sol, encantado por la lectura de mis narraciones de la bohemia pintoresca.

De todos modos, yo no tengo la culpa de que me hubiera leído mal. La bohemia es triste, desastrosa, absurda. Y más aún cuando no se tiene talento ni temperamento literario. No sé qué hechizo tendrá esa musa trágica del arroyo, que seguramente mañana volverá a verme Forondo redivivo diciéndome:

--Verá usted, yo he venido a Madrid a luchar con la gloria. Le voy a leer un soneto.

Y me leerá otro soneto corto, y después a dar saltos mortales para conquistar el camastro de esos hostales de la bohemia, figones de Satanás con manjares embrujados, que sólo se pueden ingerir cuando se poseen las hambres de doscientos poetas juntos.

Nuestro amigo el alquimista

NUESTRO amigo Aclayar es alquimista. No posee un laboratorio misterioso con retortas, ni usa túnica ni caperuza, como los nigromantes remotos. La alquimia se ha modernizado. Ya no quiere fabricar el oro; más modesta, se conforma con elaborar pesetas sevillanas, precioso metal en este reino de la calderilla. En lugar de arrojar materias químicas al hornillo infernal, hace números en una tarjeta, invocando a Butatar, que es la deidad del cálculo.

Nuestro amigo ha escrito un libro para ganar infaliblemente a los juegos de azar. Nosotros le decimos que todo martin-gala se reduce a una combinación para perder con método. El alquimista sonríe:--El azar no es una cosa diabólica. El ingenio humano puede vencer a esa diosa meretriz que se llama la Fortuna.

El alquimista tiene una llamita de ilusión en sus ojos, rojos de tejer y destejer las cifras: siniestra tela de Penélope que ha servido de sudario a tantos soñadores del número. Las matemáticas tienen tanta poesía como un bello soneto. Aclayar es un poeta de l cálculo de probabilidades, un estoico de la ruleta y de sus malas artes de hembra caprichosa, un apóstol del martingala.

Ahora que se alzan en España incontables capillas d el Azar, no me negaréis que mi alquimista es un personaje de actualidad. Él cree poseer el secreto para hacer oro, y este rico metal piensa extraerlo de la rueda diabólica, y como testimonio, ha escrito un curioso volumen. Yo prefiero esta lectura a otro volumen de rimas, chirles o a una novelita de _Biblioteca Patria_. Tiene ciertamente, más poesía y más palpitación espiritual, aunque nuestro alquimista se equivoque, lo mismo que fracasaron sus predecesores en la busca del oro.

Un hombre de pasiones y de imaginación no puede resignarse con la pobreza o con un pasar ramplón y cotidiano. Hay que ahuyentar al lívido y desarrapado espectro de la necesidad. Hay que buscar la llave mágica que abre los tesoros de la vida: la espada bruja que decapite al dragón de la miseria. Y este talismán impreciado es el oro .

Un hombre pasional e imaginativo ama a las bellas mujeres, los viajes por las tierras fabulosas y lejanas, las obras de a

rte, los libros
inmortales. Y sueña con conquistar el oro, que es l
a palabra misteriosa
que abre todos los paraísos y da la serenidad de es
píritu necesaria para
la contemplación de lo bello. La pobreza amarga el
amor, el arte no es
buen camarada de la necesidad, a pesar de que se di
ce que el hambre
aguza el ingenio.

Además, nuestro alquimista sueña con obtener gananc
ias fabulosas que le
permitan suprimir, en torno suyo, el dolor social.

Comprende que el dinero, en los contratos humanos,
es el espíritu del
mal. Un filántropo rico e inteligente como él sería
un nivelador.

Repartiría los billetes de los grandes casinos entr
e los pobres, los
fracasados, los parias de la injusticia de esta soc
iedad farisea y
anticristiana. Este ideal altruista merece nuestros
plácemes. El dinero
del juego está amasado con dolor, con sangre, con t
oda la turbia gama
del delito. El alquimista lo trocaría en alegría, e
speranza,
tranquilidad. Arruinaría a todos los empresarios de
juego, eso sí; pero
el fin justifica los medios, según nos han enseñado
los nietos de
Loyola.

Nuestro amigo sabe que la Fortuna prefiere a los to
reros, a los navieros
contrabandistas, a los _profiteurs_, buitres de la
carnaza europea. Él
es intelectual, es un poco soñador y desdeña estos
menesteres
antiestéticos. Tiene alma de luchador y prefiere lu

char con el monstruo
del azar. Es más noble y más heroico. Como buen filósofo, sabe que es lo mismo combatir en las encrucijadas de la vida que contra el capricho de la bolita saltarina, que puede ser la dicha o el de sastre para tantos espíritus ilusionados. La vida no es más que una ruleta mucho más grande, cuya bolita--fortuna o fracaso--rueda invisiblemente en torno nuestro. El alquimista aspira a ser un superhombre que domine las fuerzas ciegas o, al menos, que las sujete entre las reglas de un martingala, basado razonablemente en el cálculo de probabilidades.

Yo creo que su libro no les será útil a los lectores. En los lances del azar, como en la vida, cada uno es víctima de su temperamento. El que se arruina en el juego, es por un torbellino de locura que hay en su alma; le pasaría igual con una querida vampiro, con la política o con los negocios. Además del invisible factor de la suerte personal, es que tiene la voluntad enferma. Para vencer a los duendes del azar hay que tener un espíritu fuerte y sereno, como para dirigir multitudes. La voluntad y el ingenio pueden vencer a la mala suerte.

El libro lo vende el editor Pueyo. Pero conste que no es réclame. No tengo el menor interés por éste ni por el otro editor. El librero, comerciante del cerebro ajeno, realiza el milagro de comer de los libros sin saber leer. Sentimos hacia el hermano librero l

a mayor
desconsideración, y lo decimos de esta manera franc
iscana, como
pudiéramos decir el hermano lobo o el hermano buitr
e. El librero es el
enemigo del escritor. Debería inventarse un violent
o insecticida para la
destrucción del librero.

_El galán de los "ouistitis" _

AQUEL rincón de café era como un muestrario de pers
onajes absurdos.
Poetas, pintores, _apaches_, inventores... En los c
ristales amarillentos
se reflejaban las chalinas y las pipas, y, a veces,
como una aparición
de balada germana, la linda cabecita de paje rubio
de Betina Jacometi,
una genial pintora holandesa, a quien la policía me
tió en la cárcel sin
más razón que la de fumar cigarrillos por las calle
s y ser muy extraña.
Esto, que es una cualidad de aristocracia, llevó a
la pobre Betina a la
prisión, de donde salió tuberculosa. Esta mujer art
ista, de espíritu
extraordinario, dice que todo en España es _idioto_
, menos los amigos
del café silencioso. Realmente, con bastante difi
cultad se podría
hallar un cenáculo más pintoresco y más multiforme.

El amigo Montalbán, arqueólogo y cazador de leones,
nos hablaba de sus
exploraciones en la India; Peñalba, el _Tartarín de
la cuarta plana_,

nos decía sus sueños de publicidad, a la americana,
mientras tomaba café
con media; el poeta Alberto Valero se dedicaba a ca
ntar la romanza de
Roberto, el diablo, con unas burguesitas sentimen
tales de la mesa
contigua. Betina fumaba, fumaba, con los ojos azule
s e ingenuos, en un
éxtasis de arte. ¿Qué pensaría aquella linda cabeza
de paje provenzal,
tan exquisita, tan femenina y al par tan rebelde y
tan misteriosa?
Después, llegaba _Fantomas, el rey de los ladrones_
. Nosotros no le
tomamos nunca completamente en serio. Nos parecía u
n folletín ambulante.
Bien vestido, rasurado a la inglesa, con un acento
también inglés
(deslucido por su dejo catalán primitivo) y su monó
culo, un bastón con
correa y una gabardina, _Fantomas_ era un espectácu
lo.

--¡Mozo!: _Whisky and soda..._ _Miri_, mejor es que
me traiga un _five
o'clock tea_.

Generalmente ya era noche bien cerrada... Pero _Fan
tomas_ era un hombre
chic, un Brummel de la Barceloneta, y los pobres
poetillas no nos
atrevíamos a contradecirle en asuntos de elegancia
y de buen tono. ¡Oh,
él había operado en los grandes hoteles mundiales!

De todos modos, _Fantomas_ era un tipo interesante.
Tenía ojos de gato y
dientes agudos de animal de presa. Era en aquellos
días en que las
autoridades le vigilaban celosamente--los periodist
as hemos fabricado el
tópico de que los policías son muy celosos--. ¡Le h

abían hallado una calavera y un pijama negro! Esto indicaba que se trataba de un _apache_ peligroso, de un terrible _souris_ de hotel. _Fantomas_ se pavoneaba en la apoteosis de su gloria y fumaba cigarrillos turcos como una cocota. Realmente tenía un alma enferma de cocota en un cuerpo delirante de histerismo. Era un _hombre marioneta_, producto patológico de la vida artificial que empieza en una cena montmartresa del Palace y termina con una borrachera de éter en un burdel elegante. Valses vieneses, ramerías viejas, pintadas y bien vestidas; artificio, morfina, pases de _bacarrat_... Todo esto formaba la careta de _Fantomas_ la veladura de su fisonomía espiritual. En el fondo, yo creo que se trataba de un buen chico que tenía unos furiosos deseos de _epatar_ y cogió un mal camino: el del hotel de la Moncloa. Pero él hubiera llegado a la escalerilla del patíbulo con tal de que la gente le creyese un hombre terrible. Era un enamorado de lo extraordinario, de lo singular, un sugestionado por los libros de andanzas policíacas. Aquí no se conoce bien su _tipo modelo_. Él mismo se encargó de descubrirme. Hace dos meses recibí un libro desde Lisboa. Me lo enviaba un remitente misterioso, sin una carta, sin una tarjeta. Se titulaba _La dame aux ouistitis. Mémoires d'un souris d'hôtel._

--Esto es de _Fantomas_--exclamé.

Efectivamente, el protagonista de _Claudio Lefaure_

es un ladrón de
hoteles que se llama Fabricio Levrot. _Fantomas_ su
eña con emular la
vida azarosa y fantástica de este personaje. Es el
galán de los
ouistitis.

Como todo hombre vanidoso, _Fantomas_ se cree irres-
istible con las
damas. Pone los ojos velados y coquetones, adopta u
n gesto de elegante
fatiga y hace algunas conquistas entre las camarera
s, las cocotas del
Palace y alguna gentil desequilibrada que, también
enamorada de lo
extraordinario, de lo detonante, le entrega sus enc
antos y sus alhajas.

¿Realmente _Fantomas_ es el rey de los ladrones? Oy
éndole a él hay que
creer que sí. Una bella noche de luna paseábamos po
r las calles,
fragantes de primavera. _Fantomas_ exhaló un solloz
o romántico:

--¡Qué noche tan hermosa para robar!

Lo del _maillot_ y el gorro con borla es una invenc
ión de la fantasía
folletinesca de la policía.

--Yo no robo en traje de etiqueta y zapato de charo
l. Estoy de antemano
una hora encerrado en mi habitación, completamente
a oscuras, hasta
que mis ojos ven perfectamente en la sombra. Mientr
as introduzco el
ouistitis en la cerradura, estudio la respiración
del durmiente. ¡Es
una emoción tan exquisita!...

Otro día, en el camerino de una cupletista, pedía a

gritos--con rotos
gritos de epiléptico--una jofaina de agua perfumada
, porque quería morir
abriéndome una vena. Esta dulce muerte romana la acababa de aprender en
¿Quovadis?, película de gran metraje que se estaba proyectando en un
teatro. Quería ser Petronio, quería ser Fabricio Le Vrot, el gran
cambricoleur, y hubiera querido ser el último personaje singular de la
última lectura. Este espíritu impresionable paga caro su _diletantismo_
morboso, haciendo lamentables estancias en las cárceles de Europa. Ama
el lujo como una cortesana y roba por amor al lujo y por amor a lo raro
y a lo escalofriante, y por ese capricho de lo singular se enterró en un
féretro de cristal, en el Palace, vestido de faquir, como aquel Papús de
la larga perilla.

Lo malo es que la vida no se desenlaza tan a gusto como en los
folletines. La vida galante, de perfumes, de joyas, de elegantes y
afrodisíacos venenos, de _bacarrat_, de música frívola y áureo tintinear
de relucientes luises, tiene este amargo contraste del calabozo y del
buriel del presidiario. El grillete disipa los sueños absurdos de
morfina. Esta figura desquiciada y pintoresca confieso que me es
simpática y que la vería con gusto otra vez en el rincón del café de
artistas. Pero _Fantomas_ es el hombre nube, el hombre pájaro, que no
vuelve a posarse en el mismo sitio. No me extrañaré a recibir una carta
suya diciéndome que se ha hecho mago del Tíbet o qu

e está dirigiendo una
academia de baile flamenco entre los pieles rojas.
Cualquier cosa que
sea arbitraria y extravagante. Lleva en el alma un
viento de locura y de
aventuras este pintoresco enfermo de lo maravilloso
.

Sindulfo, arqueólogo y cazador de alimañas

HA venido a verme el señor Sindulfo del Arco, arque
ólogo y cazador de
jirafas. Como comprenderéis es un personaje inquiet
ador. Yo le conocí
este verano en una juerga en la Bombilla, porque Si
ndulfo es un
arqueólogo flamenco.

Desea que yo llame la atención de las Academias ace
rca de la calavera de
Atahualpa, el inca infeliz que Sindulfo ha descubie
rto y cuya
autenticidad prueba en un volumen de quinientos fol
ios. Lo que creo es
que intenta vender en buen precio la ilustre osamen
ta, y esta
adquisición me parece inestimable para la colección
del Museo
Arqueológico. Un hallazgo tan importante haría la f
elicidad de
cualquier docta Corporación.

Sindulfo es un sabio y un valeroso cazador de jiraf
as, y, aunque parezca
raro, es dulcemente enamorado. Como todos los hom
bres extraordinarios,
anda por el mundo caballero en una nube, y se le an
toja ver ángeles

domésticos en cada dama andariega y aficionada al a
cre aroma de varón.

--Mi querida Isabel, usted es la mujer que yo he so
ñado para formar un
hogar...

Como veis, Sindulfo es un doncel romántico, digno d
e ser cantado por
Walter Scott.

Y lo melancólico es que dice estas inflamadas palab
ras cuando ya tiene
muchos hilos blancos en las barbas proféticas.

Este hombre extraño ha recorrido el mundo a pie y c
uenta las cosas más
desconcertantes.

--Yo he comido carne de indio guarany; es muy dulce
na... Estaba perdido
en un bosque del Chaco central. Otra vez, los indíg
enas me condenaron a
muerte y me salvé a lomos de un jaguar. Así llegué
a una tribu de
indios pirios, que me creyeron un ser sobrenatural.
Hicieron fiestas en
mi honor y me regalaron una doncella joven para mi
holgorio; se llamaba
Atarbelia, morenita ella, bien formada. Luego la qu
emaron viva para que
no tuviese descendencia de blanco. Es una costumbre
.

Yo no sé si Sindulfo dice la verdad o si es folletí
n ambulante. Tengo
motivos para creer que la imaginación es su faculta
d predominante. Un
día que dábamos un paseo por la Moncloa se nos acab
ó el tabaco. Era
otoño. Sindulfo cogió un puñado de hojas secas de c
hopo, las estrujó y

las metió en su pipa. Después dejó errar su mirada por las lejanías de El Pardo, añorando sin duda los bosques vírgenes de l Arauco. De pronto se detuvo y exclamó:

--Verdaderamente, el mejor tabaco para la pipa es este tabaco turco. Tiene un aroma muy delicado.

--¡Sindulfo, por Dios, que son hojas de chopo! ¿No recuerda que las hemos cogido cerca del caño gordo?

--Usted está soñando, amigo mío. Esto que fumamos es tabaco turco. Compré yo diez kilos en Constantinopla hace dos meses. Por cierto que aquella noche el Bósforo parecía un espejo. La luna rielaba sobre su superficie, y a lo lejos...

Sus ojos se entornaron y el ánima se fué en pos de aquel recuerdo otomán que él acababa de crear... Yo respeté su ensimismamiento y pensé que con esta fantasía Sindulfo era feliz.

Presenta certificados de los sitios por donde ha pasado. Realmente ha recorrido el mundo; pero ha viajado sin enterarse de lo que sucedía ante sus ojos, como hundido en sí mismo, mirando hacia adentro, inventando paisajes, personas y episodios, sin tomarse el trabajo de mirar lo que le rodeaba. Lo mismo hubiese sido que no se moviese de la cama durante diez años.

--Otra vez, en África, me encontré a un cazador que llevaba sobre su

camello un magnífico león muerto.

--No diga usted más--le atajé, sonriendo--. Era el gran Tartarín de Tarascón.

--Fuimos muy amigos. Juntos cazamos jirafas, caiman es... Y figúrese que cierta noche...

--_En medio del desierto de Sahara..._--interrumpí--. Naturalmente, amigo Sindulfo. Usted es un grande hombre. Yo exigí que las Academias le compren su calavera de Atahualpa y nos gastaremos los cuartos en la Bombilla, con aquellas dos chulonas modistillas que a usted le parecerán dos sacerdotisas de Vesta.

Porque, como dije al principio, Sindulfo gusta de los gachones deliquiosos del baile. Yo le he visto marcarse un _schotis_, cosa que es compatible con la arqueología y con Atahualpa, mientras cantaba, con una voz cavernosa que parecía la del propio inca difunto, este estribillo flébil:

Con mi muñequita
sobre el corazón,
esta hora tan dulce
me embriaga de amor.

Ahora voy a responder a una pregunta que está en la mente de los lectores. Sí, señor, el amigo Sindulfo existe, y no diré que es de carne y hueso, porque más bien parece de nube. Va todos los días a verme al café, y espero que dentro de poco será académico de

la Historia. No
olvidéis que ha descubierto la calavera de Atahualpa.

Clamaría a Dios y se hundirían las esferas si la docta Corporación le
pretiriese. Sindulfo estaría muy bien exclamando en plena sesión:

--Señores académicos: Habéis de saber que el juego de carambolas, entre los antiguos persas...

El poema del mal poeta

EL mal poeta escribe en un café solitario. Yo le profeso al poeta malo
un aborrecimiento corso. Me ha apedreado los oídos con sus ripios, con
sus tópicos, con su retórica. Es hombre insensible a la emoción
estética, que fabrica sus versos como un jornalero: un albañil, por el
cascote; un picapedrero, por su ritmo monótono, que parece que agita
adoquines dentro de un cubo en vez de lapidar las piedras preciosas de
las bellas rimas.

El mal poeta tiene un orgullo satánico. Es de los que hacen burla
bellaca de Rubén y componen pueriles mixtificaciones de los viejos
maestros románticos--fáciles becquerianas y humoradas sin el hondo
espíritu campoamoriano--. El mal poeta escribe mucho. Sus versos son
una infección de todos los periódicos. Su ramploner

ía es una bomba de
gases asfixiantes. Yo os confieso que degollaría co
n mucho gusto al
poeta malo.

Es un sujeto más de cuarentón. Posee una calva suci
a, los ojos
pitañosos, los dientes verdes de nicotina, y un big
ote rubianco y
abatido. Lleva un abominable hongo, representativo
de su vulgaridad
interior. Suele parlarnos de Filomela cuando compli
ca a los sencillos
ruiseñores en sus octavas reales, sin duda para des
pistar al ingenuo
lector. _El pensil ameno_ y el _rosicler de la auro
ra_ le son tan
familiares como su terno de lanilla. Ama _con ansia
loca, pierde la
calma_ en cuanto tiene que rimar con alma, y todos
los labios le causan
agravios, sin saber por qué. El _beso_ le parece un
exceso--y a sus
años, es natural--, y la luz de la luna siempre le
sorprende en una
laguna, cosa muy perjudicial para sus achaques reum
áticos.

El poeta malo se entretiene en colocar uno sobre ot
ro sus endecasílabos,
como los ladrillos en una construcción. Luego entre
ga las cuartillas a
una niña rubia que aguardaba para llevarlas a un pe
riódico.

El hijastro de Apolo charla después conmigo de lite
ratura. Me lee una
oda _Al Sol_, un soneto _A una ingrata_ y una elegí
a _A la muerte de la
virgen de sus amores primeros_. ¡Hace ya tantos año
s! Este poeta tiene
una memoria feliz.

El pobre hombre no acierta ni por casualidad. Tanto
artificio, tanta
falsificación poética, la lluvia de lugares comunes
, me ponen muy
nervioso. Tal vez hubiera llegado a agredirle si no
llega a volver la
niña rubia que llevó los versos al periódico y que
retorna con cinco
duros. El mal poeta la besa en la frente con sincer
a ternura.

--Esta es la mayor--exclama--. En casa quedan otros
cinco leones.
¡Calcule usted los versos que tendré que hacer!

La niña rubia, una grácil adolescente de catorce añ
os, tiene los ojos
zarcos e ilusionados.

--Ahora le voy a comprar unos zapatos, ¿sabe usted?
Los romperá en
seguida, porque estas criaturas...

Sin querer, miro a los pies de la niña, unos pies l
indos y pequeños de
princesa china, envueltos en unas botas muy rotitas
, muy rotitas...

Esta dolora no la siente ni la rima el poeta malo.
Pienso en los _cinco
leones que quedan en casa_, y este emocionante poem
a del mal poeta casi
me hace llorar.

Y le veo alejarse, amorosamente abrazado a la niña,
en cuyos ojos zarcos
arde una llamita de ilusión, y en este momento, el
mal poeta me parece
más grande que Shakespeare y que Hugo...

La sombra del rey galán

POR el puentecillo de El Pardo iba aquel rey galán
cuya leyenda cantan
los niños en los jardines. Era pálido y adolorido,
tenía las ojeras
moradas como los lirios del paje Gerineldo. Era el
rey madrileño, el rey
chispero, el de las corridas de toros y las patilla
s manolas:

«¿Dónde vas Alfonso XII?
¿Dónde vas, triste de ti?»

canta el coro infantil en el azul idilio de la tard
e, mientras el rey
galán, pálido y muriente, como un lis borbónico, qu
e se marchita, se
pierde por las avenidas, seguido de silenciosos cor
tesanos.

El pueblo amaba al príncipe netamente español. Le a
clamaba en los
toros, en las verbenas, en las tardes del Prado. Le
halló en sus
alegrías y en sus duelos, íntimamente ligado a su v
ida, en el ritmo
jovial, generoso, magnífico de la vida española, de
aquel momento.

Ya sonaba lejano aquel romance de su adolescencia,
en las horas
tediosas, preñadas de augurios, que transcurrían en
el palacio de El
Pardo. Otoño sollozaba en el monte verdinegro y adu
sto; en los parques
lloraban los violines verlenianos, y la Desnarigada
rondaba el palacio.
La veían los perros errantes, que aullaban a la lun

a.

Y cuando sonó la hora, esa hora misteriosa del cuadrante de la eternidad, otro ilustre moribundo, el general Serrano, anunció en Madrid, a cuantos rodeaban su lecho:

--¡El rey acaba de morir en el palacio de El Pardo!

Y en aquel punto mismo, Alfonso dejaba de ser, en el palacete gris, con caperuza de pizarra, mientras en el aire flotaba el último verso del ingenuo romance infantil:

«Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.»

¿Quién fué el arreglador de esta vieja canción que yo oí sonar en el último acto de _Reinar después de morir_, llorando la muerte de doña Inés de Castro? ¡El amor del pueblo ha hecho al rey galán y a la princesa del palacio de San Telmo los esenciales protagonistas de este poema eterno, que es como una oración ingenua del alma popular!

«Rey dolorido y galante,
tu muerto amor juvenil
¡con qué tristeza aflorante
llora el romance infantil!
Princesina de leyenda,
te da el alma popular,
como una oración, la ofrenda
ingenua de su cantar.»

Así ha glosado un poeta de ahora el idilio adolescente del rey galán,

del rey chispero, del rey madrileño, el de las patillas manolas a lo _Pepe-Hillo_, que supo de las locas farsas del Momo, en el castizo Capellanes, y dejó cien leyendas de su breve reinado y se murió muy joven, como una mustia lis heráldica, abrasado en una fiebre loca de vivir una vida magnífica y emocionante.

¡Puentecillo de El Pardo, por donde pasaba el príncipe de las leyendas galanas! En las tardes vernaes, doradas y olorosas, yo he evocado la sombra del rey galán por estos jardines señoriales y estas montaraces espesuras.

Yo siento una honda simpatía por este príncipe y por esta época exaltada, generosa, pintoresca, de un decadentismo elegante y escéptico. Entonces, como ahora, había una gran pasión por los ídolos de la tauromaquia, el arte nacional por excelencia. Frascuelo y Lagartijo recogían en su joyante capote el último rayo del gran sol de la raza y despertaban el único latido de la conciencia nacional. Y aun no había surgido en el horizonte el espectro trágico, grotesco e infame del desastre colonial.

¡Dichosos los príncipes que viven en el corazón de su pueblo y cuya memoria queda en romances que cantan los coros de niñas en los jardines y en las plazas! Vale más ese culto poético y sentimental que todas las gloriosas atrocidades bélicas, exaltadas por la Historia.

¡Reyes de hierro, con corona esplendente cuyos laureles están manchados de sangre, los niños de vuestros reinos no cantarán romances de vuestros amores, en las floridas avenidas, cuando la primavera viste de novia a las acacias!

La plazoleta de los fracasados

ES una de esas plazoletas melancólicas de un barrio solitario, rodeada de bancos de piedra, que tienen un ambiente provincial, y sobre la cual caen de vez en vez las lentas campanadas de las vísperas, con un clamoreo ensoñador y místico. Tiene acaso un balcón florido que da la amable sensación de una mano blanca de mujer, y también algún arbolillo desmedrado y triste o una antigua fontana que vierte, hilo a hilo, la dulzura de su monotonía.

En la hora sedante del crepúsculo toma un aspecto severo y arcaico de yerma ciudad castellana, que evoca el heroico redoblar del Romancero o la sandalia de Teresa de Ávila, la celeste doctora, y vaga en su gran paz un perfume antiguo de penas olvidadas y de encantos añejos.

A este paraje apartado y romántico acuden todas las tardes los melancólicos fracasados de todos los ideales, los ensoñadores de las

áureas apoteosis que han visto hundirse la leyenda
de sus vidas en la
bahorrina de la vulgaridad, en el vacío de un vivir
abrumadoramente
cotidiano.

Se conocen de todos los días, galeotes de una misma
cadena, sombríos
discípulos de un mismo maestro, el inmortal Dolor,
y entre ellos se ha
hecho una suave simpatía consoladora. Hay un viejo
militar invalidado la
primera vez que entró en campaña; él quizá tenía un
a visión homérica de
la vida, soñaba con el laurel del héroe, con el bot
ín y la aventura, y
todo su ensueño fracasó en el momento inicial por l
a crueldad de una
bala perdida que le negó el triunfo de una bella mu
erte y le condenó a
arrastrar una horrible y grotesca pata de palo, cuyo
seco y monorrítmico
golpear es un irónico estribillo a la galana bizarr
ía de su ideal
truncado.

Después ha visto cómo se deslizaban sus días, sin a
mbición, monótonos y
fríos; en el alma, la honda amargura de las renunci
aciones.

¡Si al menos la bala me hubiera buscado el corazón!

Y sus ojos se tornan hacia los años juveniles, flor
ecidos de hazañas
imaginadas, en las que sonaban las trompetas de la
Gloria.

Llega después un hombrecillo torvo y desaliñado, to
cado con un chapeo
raído que cubre su calva de santo, ancha y relucien

te. Es un inventor
desgraciado.

Había trabajado día y noche en su taller, renunciando a los holgorios de la mocedad, al regalo de la hembra y a toda dulzura de los sentidos. Empleó su pequeña fortuna en el trabajo y en el estudio, hasta obtener una nueva máquina.

Después comenzó el peregrinaje por las oficinas en pos de la soñada patente, que era su riqueza futura, y al cabo de amargas andanzas se mofaron de él, de su invento y de su calva, y los ujieres le echaron al arroyo con vayas y sinrazones. En el café, en la calle, a solas con las fermentadas tapias de su mechinal solitario, peroraba con esa exaltación de loco de los inventores. Y ya le oían impasibles, le brindaban protecciones quiméricas o se le reían en sus barbas.

--¡Ya ve usted, se burlaban de aquello que me había costado mi fortuna, mi cerebro y mi juventud!

Y cierra los ojillos grises y casi ciegos, tal vez para restañar una lágrima.

Luego, una arrogante mujer enlutada, con aires de gran dama, que saluda con cierta gracia señorial. Tiene la belleza fuerte y calina de la madurez; el luengo manto vela apenas su cara algo marchita, donde arden los ojos negros con una llama de locura bella y eterna.

Al comienzo todos la creyeron viuda; no era sino una virgen vetusta que consumía su corazón y su virginidad en el ara de un ideal remoto e imposible, como esas lámparas de la devoción que se extinguen tristemente ante una hornacina olvidada. Allá en los verdes años de su galana adolescencia, amó con bravura y firmeza de corazón a un bello aventurero romántico y audaz, que se fué hacia las tierras fecundas del sol, nauta de lo imprevisto, conquistador de la casualidad.

Él dijo que volvería y ella le aguardó. Interrogó al horizonte todas las mañanas; sintió caer todas las horas de cada día, todas las desesperanzas de cada año, y el amado no volvió más. Pero ella le esperará siempre, hasta que la muerte toque sus ojos con sus dedos de niebla.

Y cruza sus manos pálidas de monja sobre el raso litérgico de su traje. Manos transparentes y puras que parecen hechas para filigranar ex votos de santos y capas pluviales; ojos fanatizados en torno de los que las largas vigiliass, huérfanas de besos, han florecido en sedeñas ojeras violeta, como dos flores de fiebre y de locura; alma noble y extática, donde el amor es una rosa casta e inmortal.

Y cuando un soplo de brisa arrastra alguna hoja muerta, la viuda ideal la sigue intensamente, quizá comprendiendo que la aproximación del otoño

tiene para ciertas almas un melancólico valor emblemático.

Mas luego, entre otros que ocultan el secreto de su fracaso, arriba la carátula ridícula y triste de un viejo farandulero. Aun recuerda con llanto de regocijo los días buenos en que él fué don Juan y Manfredo, Sullivan y Don Álvaro.

Estos héroes le dieron el prestigio de su poder imaginario entre bambalinas y oropel, y pusieron un poco de oro de leyenda en su vivir menesteroso, a cuyas puertas solía llamar el Hambre con su puño espectral. Después, el aguardiente y los años han abatido el tórax que se irguió enorgullecido bajo la cota de acero de Ruy Díaz, se abatió en curva claudicante en demanda de las dos pesetas, en esas lamentables aulas de picardía y de dolor que están siempre abiertas en las aceras de la corte.

Y llegan otros, desarrapados y tristes inválidos de cuerpo y ulcerados de corazón, inventores preteridos, soldados sin fortuna, viejas meretrices, traductores, poetas vitaliciamente inéditos, todas las almas en sombras, y los perfiles contorcidos de los fracasados del arte, del amor y de la vida.

Y gustan de esta solitaria plazoleta, que tiene un aroma antiguo de lágrimas enjugadas, de flores secas y de dolores resignados, donde hay un arbolillo triste y torcido y un balcón con flores

s, y en donde en la
hora dulce del crepúsculo suena acaso un piano toca
do por una bella y
desconocida mujer, de lentas y melancólicas melodía
s, a las que las
almas en ruinas de los fracasados ponen tal vez la
letra de su íntimo
dolor.

Las paellas de un revolucionario

TODOS sabéis que Barriobero es un terrible revoluci
onario, un formidable
socavador del orden social. Durante mucho tiempo, s
u melancólica silueta
quijotesca ha sido la pesadilla de golillas y de mi
nistriles. ¿Qué había
un mitin de cigarreras? Barriobero a la cárcel. ¿Qu
e algún orondo
cacique se levantaba dispépsico? Metamos a Barriobe
ro en chirona. La
tranquilidad del respetable vulgo reclamaba que el
peligroso anarquista
estuviese siempre aposentado en el hosco palacio de
la Moncloa. Y a
veces resultaba una admirable combinación económica
para Barriobero...
porque en la calle, los comestibles habían decidido
trasladarse a
Saturno.

Este hombre tenebroso es una de las figuras más pin
torescas de esta
época. Su nariz, en guisa de interrogación, bien me
rece un soneto
quevedesco o una de las loas que rimara Rostand en
el Cyrano; su
melena, romántica y subversiva, flota como airón en

las revueltas
populares, y es como el símbolo orgulloso de toda su vida. En las horas
de opulencia, Barriobero adorna su translúcida persona con un deleite de
«dandy». ¡Oh, qué admirables chalecos bordados, dignos descendientes de
las pomposas chupas del tiempo viejo, cortesano y galante! Estos
chalecos merecen por sí solos un apologista tan atildado y erudito como
lo fueron Barbey y Jorge Brummel. Pero, más que estos gloriosos
indumentos, rameados de oro, de azul, de rosa; más que sus pipas y su
melena, sobre sus discursos y sus libros, yo prefiero las paellas a la
valenciana de Barriobero.

Porque este terrible revolucionario es un supremo artista en sus
paellas, señores míos. Yo uno a este succulento recuerdo un buen puñado
de episodios juveniles; mi estómago siente una onda sentimental al
evocar aquellos arroces, que eran como un paréntesis de encanto en medio
de aquellos días menesterosos, en que el más loco y bizarro mocerío
florecía en rosas de alegría e imprevisión.

Por las noches, Barriobero traducía para Jorro o para Calleja;
despachaba un volumen--«católicamente» mutilado--en un par de sesiones,
y con las pesetas que esta labor de negro le producía, nos íbamos a
comer arroz, condimentado por sus manos largas, frías y pulidas de
cardenal galante, a un ventorro de los Cuatro Caminos.

Y fué en aquellos días de lamentable supeditación a
l régimen suicida de
la media tostada, en aquella época de chicharrones
en el figón de la
plaza del Progreso, de versos recitados a gritos en
las calles
solitarias, de proyectos absurdos dictados por el H
ambre, que hacía
funámbulas delirantes en nuestros caletres visionar
ios; fué entonces
cuando el editor Pueyo llegó a encargar a Barriober
o que escribiese una
novela.

--Hágame usted la novela de un repatriado, que se m
uere de inanición en
este cochino país, dominado por los jesuítas. Tome
usted a cuenta estos
cuatro duros.

--Pero eso va a resultar un sapo... Yo no siento es
e asunto...

--Pues, si no le conviene, se marcha enhoramala de
la tienda, que tengo
mucho tajo. ¡Con esta baraúnda no se puede laborar!
...

Y la voz cavernosa de «Nietzsche», el cuñado de Pue
yo--una especie de
Harpagón--, que interrumpe, con «ritornello» de «mi
serere».

--¡Acabarán por arruinarte, Gregorio! ¡Acabarán por
arruinarte!

Barriobero acepta el encargo y los cuatro duros, y
escribió la novela,
interesante y «documentaria», como él dice.

Pero, ¡ah!, la factura de sus novelas será muy nota
ble; mas no tanto

como la de aquellos arroces, dorados y humeantes, devorados fieramente,
bajo el alegre cielo madrileño, en amable cordialidad, en aquellos
buenos días que retornan del fondo de lo pasado perfumados de alegría y
de juventud.

Perdonadme, respetables señores, estas fugas sentimentales y
pintorescas.

Al contaros estas minucias, yo gozo reviviendo el encanto de los viejos
días, y me parece, además, que ningún hombre serio dejará de reconocer
el trascendentalismo de estas cuestiones de culinaria. Yo creo que si
Luis XVI hubiera convidado a comer a Marat, tal vez hubiera evitado la
Revolución francesa; las lentejas y el cocido cotidiano han hecho más
revolucionarios que todos los libros de Kropotkine.

Así, pues, reconozco que Barriobero tiene talento, que tiene bellos
chalecos de terciopelo y una gran colección de pipas; confieso que es un
gran orador, un novelista sagaz y un famoso abogado. Pero yo,
francamente, le prefiero y le admiro mucho más como confeccionador de
paellas a la valenciana.

¡Qué queréis! Soy un Aquiles vulnerable por el estómago.

La noche

LA noche es la suprema aristocracia. La noche es una dama misteriosa,
como Ligeia, como Eleonora, las mujeres litúrgicas,
transparentes y
ultraterrenales de Edgardo Poe. El día es un poco p
lebeyo con tanto
escándalo de sol, con tanta greguería ramplona.

¡Noche! Viciosa querida bohemia, como una alta dama
que va a la busca de
emociones raras entre los hampones y las busconas.
Todos tenemos una
querida ideal, cuya mascarilla en vano buscamos ent
re las mujeres de la
tierra. ¡Un alma de mujer, como un cáliz de oro, do
nde verter el licor
musical de nuestro corazón en esas horas tristes en
que la emoción se
desborda!

La Musa de la Noche tiene para mí todos los magos p
restigios de esa
amante suprema. En las altas horas las sombrastejen
torbellinos de
alucinación en torno a mis pobres ojos, que se embo
rrachan de misterio.
La Musa de la Noche adquiere corporeidad para mí y
se apoya en mi brazo,
en mis sonámbulas paseatas por la ciudad desierta,
que tiene algo de
cementerio, con sus balcones cerrados, como nichos
inquietantes.

La siento levemente reclinada, muy levemente, como
si llevase de mi
brazo a un fantasma. Va vestida con un amplio ropón
de terciopelo negro,
y su cabeza es pálida, como el místico lirio de la
luna. Sus ojos son
verdes, como pequeños océanos tumultuosos, y tienen

verdes ojeras como
el licor emponzoñado con que la luna hace cantar a
sus ahijados en los
trágicos manicomios. ¡Los ojos de la Noche!

¡Los ojos de la Musa de la Noche! Ellos le dan su trágica llamarada de
lujuria a esos rostros de clownesa que muequean en
las encrucijadas del
pecado.

La Dama de la Noche es voluptuosa y trágica, y junta
a el placer y el
crimen en una onda de sensualidad. Tiene el alma de
Lucrecia Borgia,
exquisita y abominable. Ella aconseja a los rufianes
que asesinen a las
rameras, después de amarse dolorosamente, en las zahurdas tenebrosas,
para que ría el Diablo, padre de las rameras y de los asesinos.

La Dama de la Noche entiende las palabras misteriosas
que susurran en el
fondo de mi alma, sin asomar jamás al labio. Son palabras de un idioma
lleno de amor y de eternidad, y ella me dicta versos en ese lenguaje
divino, con símbolos imperecederos. La Musa de la Noche sabe la cifra
del amor, del dolor y del misterio, y me inicia en sus ritos
sobrehumanos, mientras los otros hombres--los hombres sanos que viven de
día--duermen en un grotesco amontonamiento de carnales, como cansadas
bestias sin horizontes en el pensamiento. Y también sin el exquisito
tormento de la Poesía.

La Bohemia Nocturna lleva una corona de estrellas sobre el cabello

negro, negro como el ala del cuervo que canta «¡Nunca más!», en el poema
del Dolor de las almas. Sus manos son de marfil transparente, como los
dedos de niebla de las Parcas, y toda ella tiene un perfume vago de
azahar y de adelfas y de incienso. El Amor, el Dolor y el Misterio.

La querida del Misterio me ofrece la flor de locura de su boca, cuando
todos duermen, y lleva la hostia de la luna, como un florón luminoso,
sobre su cabellera de sombras. Es la musa galante que dió el brazo al
pobre Paul Verlaine, cuando iba por las calles del viejo París como un
pierrot destrozado, borracho de ajeno y de melancolía. Ella es la que
hace sonar las viejas campanas con una solemne armonía orquestal: las
campanas magníficas de voces de oro, que tienen un alma antigua y
misteriosa, cantan el poema de las vidas que empiezan, de las vidas que
acaban, de la alegría y del dolor de los hombres. En torno a los viejos
campanarios, que parecen de plata bruñida en el plenilunio, la Noche
dirige la danza de las Horas, vírgenes inquietantes, en cuya danza
interviene, como concertador irónico y dramático, el Destino, que cambia
el compás de las vidas vulgares de una manera trágica o grotesca.

La Dama de las Sombras coquetea con los siete Mancebos del Pecado, que,
por sus ojos verdes, andan a estocadas en las desiertas callejuelas.
Pero ella me prefiere a mí, pobre poeta nocturno y lunático, y me da su

boca amarga y sus senos magníficos de dogaresa artista, sensual y dramática. Ella me ama, porque sus palabras, preñadas del sentido de la Vida y de la Muerte, riman muy bien con la armonía secreta de mi corazón. Y en las encrucijadas del Horror, de la Duda, donde acechan los buitres de la Estupidez y de la Ignorancia, ella alumbra mi pobre carne triste y sensual con la lámpara celeste de óleos aromáticos que lleva en su diestra marfilina. Porque la Musa de la Noche enciende en nuestros epitalamios el lampadario inmortal de la Belleza. Y la pobre carne se transfigura cuando ella trae en la mano el lirio del más allá, el lirio del Misterio y de la Poesía, como una celeste Anunciación para el espíritu, hundido en la carroña igual que en un abismo.

Un viejo café galante

ES un viejo café donde antaño se reunían los ingenios más famosos de la época. En una mesa, cuyo mármol está ya azulenco, trazó sus estupendas, impresionantes y abrumadoras farsas novelescas aquel Ortega y Frías que ha sido el educador sentimental y el enloquecedor de las fantasías de tantas ingenuas y sensitivas muchachitas, y cuyos imprevistos episodios de maravilla han puesto en estas pobres vidas vulgares un poco de oro de leyenda.

En un rincón estuvo la pequeña capilla literaria cuyo pontífice fué el magnífico don Manuel Fernández y González. Allí escribió _El cocinero de su majestad_, y allí acudió la última noche antes de emprender el gran viaje...

Las dos amplias salas de este viejo café de la Luna tienen el mismo aspecto de aquellos días. Los espejos, velados tristemente por la pátina de los diez lustros, parece que conservan como un vago reflejo de ensueño, rostros confusos y siluetas de lejanas personas desaparecidas, repetidas de uno en otro, infinitamente, en los cristales, como un cortejo de alucinación. En el ambiente flotan halitos de vidas remotas, cadencias de músicas antiguas, y como un fantasma de sonido, susurros de voces lejanas que tiemblan en el aire con quimérica, muda vibración. Algo espectral y desvanecido que da una vaga y misteriosa sensación de presencia.

En las tardes solitarias de estos últimos años, en que el alma antigua de este café parecía encantada, y el tedio tejía sus melancólicos telares, tal vez de la penumbra propicia surgían claras risas y frescas voces juveniles. Y era que los enamorados ocultaban su amor como un pecado entre la umbría protectora, ingenuas obreritas un poco sentimentales, pomposas matronas que enloquecen con su gracia picante y su intensidad crepuscular--que ponen tanto fuego en

la aventura, porque
temen que aquélla puede ser su despedida al amor--,
princesas de la
Casualidad, juntamente con sus varios cortejos, pon
ían una nota
encantadora en parajes como éste. ¡Los cafés solita
rios y galantes!
Peláez, la Universidad y los gabinetes coquetones d
el Habanero, ¡qué
malignas y deliciosas historias de un momento pudie
ran relatarnos!

Pero he aquí que un fresco aire de fuera ha venido
a renovar el ambiente
de este viejo café de la Luna, donde yo pasaba mis
tardes gozando del
placer de no hacer nada, placer digno de un Papa, y
trazando a las
veces--raro suceso--sobre la cuartilla, mis tristes
o apacibles devaneos
sentimentales. ¡El lugar era tan solitario y tan ev
ocador! Pero la
ignara turba ha invadido _mi mesa de despacho_ en p
os de un raro
acontecimiento femenino y musical. Claro es que est
a turba hombruna
llega, más que por el deleite artístico, atraída po
r el olor de la
hembra; prefieren estos sátiros un grácil escorzo o
la insinuación
anfórica de la cadera a un nocturno de Chopín, y la
línea de un busto
bello a una melodía de Borodine... Y es posible que
estos sátiros tengan
razón.

¡Cómo sentirá esta invasión de la muchedumbre el vi
ejo erudito de todas
las tardes! Llegaba con su raro volumen, tal vez un
incunable, aseguraba
sus anteojos, preparaba su cuaderno para apuntar la
s citas y las

curiosidades y luego se mecía en un sueño seráfico
hasta que encendían
las luces. ¡Pobre erudito, ahora tendrás que irte a
otro viejo café a
dar cabezadas sobre tu incunable!

Tal vez habría tomado cariño a la mesa de su rincón
, y este cambio
trunque tristemente su vida... A veces un suceso se
ncillo,
insignificante, la pérdida de un perro, de un paraguas
o de una mujer,
deja en nuestro espíritu la desolación de una catástrofe.

Y como por esta intrusión han encendido los focos,
las parejas amantes
también han huído en busca de otro retiro penumbroso
o que proteja sus
risas, sus confidencias y el encanto de su amor, otro
lugar solitario
para ocultar su felicidad como un pecado.

Y es el motivo que han llegado unas señoritas napolitanas a hacer
música, tarde y noche, y la gente invade la sala entre un estrépito de
cucharillas y platillos y una greguería grotesca y plebeya.

Yo he descubierto la mixtificación: estas _virtuosas_ no son
napolitanas; la dulce musicalidad de esta palabra sirve de reclamo para
ese eterno alucinado que se llama _público_. Pero ¡qué importa! Ello es
que las manos lindas y blancas arrancan bellas melodías de las cuerdas
de los violines y que una hermosa cabeza de diablescos ojos moriscos y
negra cabellera, como una exótica flor rizada, se inclina graciosa sobre

el puente del violoncello. Y el prestigio hechicero
de la carne de la
mujer hace temblar el beso en todos los labios.

La mujer artista, la triunfante mujer que se exhibe
ante un público en
medio de artístico artificio, es secretamente amada
con un deseo
delirante. Las heroínas de comedia, los astros de _
folies bergères_ han
inspirado enormes pasiones y sus enamorados han lle
gado hasta el
matrimonio, saltando por todos los obstáculos socia
les y resignándose a
no hallar ningún obstáculo en la noche nupcial. Por
que la carne
perfumada y blanca, entre las sedas, el oropel y ta
nta bella mentira,
tiene un magnetismo irresistible.

Esta orquesta femenina a veces ejecuta cosas agrada
bles; otras, adula al
público tocando lo que está al alcance de su mengua
da cultura artística.
Tal vez los violines cantan la frase de tanto éxito
de _El anillo de
hierro_:

«Ven, Rodolfo, ven, por Dios.»

Y asoman lágrimas de emoción a los ojos de las matr
onas románticas, que
se saben de memoria los versos de _Flor de un día_
y hacen soñar a estas
pálidas burguesitas que van a los cafés las noches
de domingo y en cuyas
vidas pobres y monótonas el encanto de la música po
ne una dulce hora
sentimental.

Son esas muchachas suavemente tristes, humildes y r
esignadas, que tienen

ojeras muy hondas y pobres manos santificadas por el culto heroísmo de la lucha diaria: que van tocadas con gráciles sombreros y vestidas con una coquetería un poco triste por lo usado y deslucido del atavío. Conmovedoras y humildosas vidas grises a las que una fiera sátira sin corazón ha llamado cursis, y que, al invocar a Rodolfo los violines, ellas también le invocan con toda la ternura de su alma, y la figura del galán tiene en su fantasía todos los áureos prestigios de un príncipe milagroso de leyenda.

Y por eso sus ojos tienen cercos tan profundos y su boca esa mueca de melancolía: porque los días huyen, huyen... ¡y Rodolfo no llega nunca!

Perfil de tragicomedia

MI querido cofrade D. Amaranto Peláez es un virtuoso covachuelista, muy digno de una hornacina en el martirologio moderno. Su cuerpecillo, magro y desvencijado por el diario chocar con los esquinazos de la miseria, se guarece en un chaquet ribeteado de trencilla, de un negro desvaído, al que las virtudes de constante pulcritud de su dueño han dado un magnífico brillo que miran envidiosos los puños deshilachados y la tirilla restaurada con tiza, por el buen parecer, el día en que Su Excelencia tiene la bondad de llamarle a la firma.

Porque podemos decir,
para orgullo de D. Amaranto, que él es el alma del
negociado.

Sus calzones, en guiñapos, lucen pintorescos festones sobre los
zapatos; sin herretes y sin trencillas, y su chapeo
ha soportado las
lluvias de cinco inviernos; y su _carrick_ el rigor
de cincuenta
ventiscas.

Don Amaranto llega invariablemente a la oficina a las ocho de la mañana;
se calza sus manguitos, se toca con un bonetillo la
calva de santo,
ancha y reluciente, y silencioso, con una tristeza
mansa y resignada,
trabaja hasta las dos, en que el ujier trae el parte de salida.

En ese momento, D. Amaranto se torna a su casa. ¡Es la hora de comer!
Pero como él no es sino un humilde auxiliar de la clase de quintos, «eso
de comer» a ciertas alturas mensuales, generalmente no pasa de ser una
hipérbole absurda.

Y en esas horas amargas, D. Amaranto llega a su mequino mechinal, donde
le aguarda su mujer, triste, enferma y mal vestida, y cuatro niños,
como cuatro ruinas, en cuyos ojos candorosos, al mirar tan desolada
pobreza, hay quizá un poco de recriminación hacia los que en un momento
de lujuria ciega les trajeron a una vida tan sórdida, tan cruel y tan
miserable. Nadie le pregunta nada. Entre ellos no se cambia un solo
vocablo, aunque el fogón esté apagado y nunca llegu

e la hora de poner la mesa. Y es que los sin ventura están resignados a no comer, mejor dicho, han perdido la saludable costumbre de comer. Estas vidas están sepultadas en el «in pace» de todas las renunciaciones.

En cierta ocasión me decía la señora, con una sencillez más que trágica:

--Se nos han muerto tres hijos: Luisín, porque el médico, a quien debíamos algún dinero, no quiso venir. ¡Julito y Nita, de hambre!

¡De hambre, sí! ¿No os parece una horrible ironía que puedan morir así dos criaturas al borde de una gran ciudad cristiana? Pues sucede, y la conciencia social no se estremece; y la vida sigue su curso, y mi querido cofrade, el virtuoso D. Amaranto, no sintió en su alma un latigazo de rebeldía. Porque el Sr. Peláez es, ante todo, un hombre de orden.

La señora de Peláez ha sido una bella mujer: tenía unos lindos ojos negros, un seno matronil y unos dientes blancos, iguales. Ahora es una melancólica ruina; la miseria, como un cruel vampiro, ha devorado su belleza y su juventud. Días pasados me contaba tristemente, con cierta macabra coquetería:

--¿Ve usted estos dos dientes de arriba? Pues se me están cayendo... de anemia.

Y la veo partir con su taima ridícula y vieja, que cubre los estragos del tiempo en su raída vestimenta; amoratadas las manos, que fueron finas y aristocráticas; metidos los pies en unos bu rdos zapatones; abatida al peso de su juventud fracasada, de toda su vida, oscura, truncada, deshecha.

El cuerpecito grotesco y desmedrado del ecuánime cochachuelista ha sido suculento festín de usureros; D. Amaranto sabe bien la amargura de ver su ajuar de titiritero en medio del arroyo; conoce la bárbara cacería que sobre su personilla realizan mensualmente el panadero, el tendero, el carbonero. Los mozos de café son también para el Sr. Peláez una horrible pesadilla, y no supongáis que adquirió esas deudas por vicio de gula ni regalo de sus gustos. Las noches de invierno son tan largas, el hogar desmantelado tiene un alma hostil que arroja de su seno, y en el café hay un ambiente tan suave y regalado, hay tanto derroche de luz, el piano pone una hora de encanto y de melodía en las voluntades resquebrajadas por la pobreza. Además, el café con media tostada tiene cierta apariencia de cena... claro que la apariencia a nada más; significa quedarse sin cenar... decorosamente.

Y digámoslo en elogio de D. Amaranto, ¡jamás, ni en los días de bochornoso desahucio, ni en el asedio africano de sus acreedores, ni cuando tenía un hijo muerto, sin monedas para la inhumación; ni en las

horas en que la señora de Peláez deliraba en el femenino camastro, loca de tristeza y de hambre, jamás D. Amaranto hubo de faltar a la oficina!
¡Oh, brava alma que rima con el balduque, que armoniza con el papel de oficio, por estar tan bien templada en el fuego de las virtudes administrativas, bien mereces una estatua, con tus manguitos y tu gorro, sobre un pedestal de expedientes y de minutas!

¿Me preguntáis si D. Amaranto Peláez tiene realidad? Sin duda, amigos; tiene la relativa realidad traslúcida y enfermiza que le permite su mesada ridícula; pero existe, y se llama así, y es mi querido y moribundo cofrade.

Y lo más lamentable es que D. Amaranto es un hombre representativo. Su perfil trágicocómico muequea cotidianamente en el retablillo de la triste y grotesca clase media.

Santaló

La picaresca clásica, erudita, aventurera y gallofa se funde con la bohemia literaria, pedigüña, trotacalles y sentimental, y nace el tipo del «piruetista» entre poeta y pícaro, filósofo y desarrapado.

La cofradía de «piruetistas», de «operadores», de «navegantes de la Puerta del Sol», está compuesta principalmente por

los jóvenes
envenenados por la literatura, que llegan de las pr
ovincias a la
conquista de Madrid. La literatura es como la trágica
sirena de las
baladas germanas, y los pobres nautas se hunden en
el fondo del mar por
haber escuchado el sortilegio de su canto. Sólo que
nuestros nautas
naufraغان en seco, sobre el asfalto de las calles,
en los figones
absurdos y en los hórridos hostales. A la caza de l
as rimas sustituye
muy pronto la pesca de las dos pesetas o del café c
on media tostada, ese
pseudoalimento tan literario. El veneno de las letra
s es más fuerte que
la morfina, que el éter y que el alcohol. El que em
prende esos trágicos
derroteros, o triunfa o se muere. Casi nunca se ada
pta a un ambiente
mediocre, metódico o «burgués».

Antonio Santaló era un muchacho cordobés que iba a
verme al café y a
quien solía encontrar, como una sombra, en la Puert
a del Sol, muy de
madrugada, a esa hora terrible de los que no tienen
un puñadito roñoso
de calderilla para ir a dormir a casa de _Han de Is
landia_ o a los
sótanos de la Peña de Francia, los hoteles de cinc
enta céntimos, donde
se guarecen los buscones, los poetas pobres y los r
ateros. Santaló era
muy inteligente, muy culto, y tenía voluntad. No tr
iunfó porque ni
siquiera pudo vivir. La Casualidad, que vela por lo
s aprendices del
Arte, no se cuidó de él. Los bohemios viven a pesar
de los restaurantes
donde suelen ir a comer y de las yácijas donde suel

en ir a acostarse.

Baroja dice que el triunfo literario consiste en la resistencia del jugo gástrico. Hay que transigir con las albóndigas de perro y con ciertas chuletas de celuloide que conocen a varias generaciones literarias.

El frío de las noches, al asalto de los céntimos para la cama, la comida que se retrasa... dos o tres días, la pobreza en el traje y el dolor de la pobreza en el alma han asesinado al pobre amigo Antonio Santaló. No ha escrito un drama ni un poema que decoren su memoria. Artículos de periódico olvidados en seguida, traducciones que firmó otro o que acaso no firmó nadie. La sirena de la Puerta del Sol se tragó su espíritu antes de que la Desnarigada, que tanto quiere a los poetas y a los artistas pobres, le estrujase el corazón, en el silencio helado del hospital, entre hedor de calentura y de medicinas. Aquel pobre corazón hipertrofiado, que como un trágico reloj contó las horas del hambre, del abandono y de la lucha grotesca y terrible para buscar un poco de calderilla, a las cuatro de la madrugada, iba como un polichinela roto, dando tumbos por las encrucijadas de la miseria.

Hace algunos meses Santaló estaba contento. Dormía todas las noches y comía fijamente tres días a la semana. ¡La vida era fácil!

Con un espíritu tan contentadizo, Santaló era digno de haber triunfado. Tenía del dinero una idea demasiado hiperbólica. Po

seyó un sombrero azul
pálido que era una sima de arbitrariedad junto a lo
s hongos ramplones y
los frégolis de tenor cómico.

--Yo le había tomado cariño. Quería conservarlo com
o recuerdo de la
«voráGINE»; pero un día _necesité dinero_... y lo v
endí por tres perras
gordas.

¿Verdad que este ingenuo concepto del dinero es con
movedor? Entre el
hampa literaria Santaló fué siempre un caballero de
la Tabla Redonda.
Fué un bohemio, pero no hampón. Y esto tiene mucho
mérito, viviendo en
plena calle, con hambre y con dolor, entre gerifalt
es de la pirueta que
aprenden la picardía en las aulas de la necesidad.

Los caballeros de La Noche, de la Media Tostada y d
el Salto Mortal viven
una vida desastrosa entre paradojas y algún soneto
que otro, no muchos,
porque la bohemia estropea el estómago y dispersa l
as rimas como una
bandada de pájaros quiméricos.

Yo podría hacer una lista negra de estos espíritus
ilusos, devorados por
el monstruo encantador de la literatura. ¡Intrépido
s comedores de
musarañas, que sois mis amigos antiguos, que habéis
vivido a la sombra
de la literatura--pipas, melenas y chalinas--y que
vais cayendo poco a
poco por el escotillón macabro del hospital! Yo sie
nto hondamente
vuestra tragicomedia, oh, gran Losada, el músico ge
nial y salvaje;
Barrantes, el de la carátula de pesadilla; Alberto

Lozano, rubio y
señorial como un príncipe, y vosotros también, Dori
o, el audaz; Pujana,
el intrépido; Roldán, el preciosista, que tiene una
enorme sed que sólo
se calmará cuando _Ella_ le llene de tierra la boca
; vosotros, que al
caer un hermano de esta cofradía de dolor y de absu
rdidad, acaso
tembléis viendo que todo el entusiasmo de vuestra j
uventud está
compensado por un lecho de hospital y un montón de
polvo, sin nombre, en
un osario. ¡Y vosotros que soñabais precisamente co
n la Gloria, y que
porque la gente leyese vuestra firma al pie de unas
líneas impresas, lo
sacrificabais todo! ¿Veis qué broma final tan sangr
ienta? Es una verdad
que os hubiera parecido mentira en los ilusionados
comienzos, allá en
vuestro rincón provinciano, antes de caer en la Pue
rta del Sol entre las
garras de la Bohemia, la sirena que devora el coraz
ón y el cerebro de
sus amantes, en unión de la miseria, entre alegres
paradojas y
peligrosas funambulerías en la cuerda floja de lo i
mprevisto.

Estos bajos fondos literarios disfrazan con metáfor
as pintorescas su
dolor; el dolor de los que no han sabido decir lo q
ue llevaban dentro...
o lo que creían que aleteaba bajo su frente: el dol
or de los artistas de
corazón que han fracasado en la Puerta del Sol, aga
rrotados por la
necesidad. ¡El dolor de la literatura, de los ex li
teratos, de los
hampones pintorescos, de los buscadores de calderil
la, como sombras,

entre la penumbra de las calles, a la madrugada! ¡Pobre Santaló! Ya no tendrás que buscar los céntimos para la cama, mientras tu corazón latía penosamente como un viejo reloj desquiciado.

La capa bohemia

EL primer caballero que se terció esta capa para andar de aventuras y amoríos fué el gran Villón, el padre de la lírica francesa. Y el glorioso tabardo sufrió el rigor de todas las ventiscas y la lluvia de todos los inviernos, y se ungió de ideal errante bajo el plenilunio en la Corte de los Milagros, tejendo besos y rimas con la ramera ardiente y propicia, de quien decía el poeta que era su Rayo de luz. La capa de Villón, como la capa, de Mañara, sabe de madrigales y caricias, en las encrucijadas del viejo París.

Ha visto cómo se desnudaban los aceros, cabrilleando en la sombra, bajo la plata mística de las estrellas, buscando bravamente el corazón por el encanto de un soneto.

La capa de Villón paseó por los salones de los obispos, y de entre sus remiendos y corcusidos surgió la mano exangüe del bohemio para tomar la limosna de doce sueldos por una loa a Notre-Dame, y los labios que mordieron los labios de las ramerales besaban unciosamente la amatista

episcopal. Y la capa ungida de poesía y de dolor rodó una mañana por las escalerillas del patíbulo. Porque habéis de saber que el primer poeta de la bohemia estuvo a punto de ser ahorcado por ladrón.

He aquí su gloriosa ejecutoria: una capa caída, la cuerda del ahorcado y una boca lasciva de ramera, como flor ponzoñosa de lujuria. Sin embargo, muchos académicos han metido la garra en el tesoro de Villón, sin peligro de cuerda. ¡Nefandos viceversas de la señorita Themis!

La capa bohemia, posteriormente, ha envuelto a muchos desgraciados superiores. Fué la fiel camarada de Edgardo Poe, aquella alma rara que oía voces del cielo, de la tierra y también del infierno, y le sirvió de sudario en su última y trágica borrachera en las calles de Baltimore. Baudelaire, el solitario, hizo de su capa torre de marfil que le aislaba del vulgo de malos poetas, de periodistas hueros y vanidosos, de cretinos equilibrados. La capa de Verlaine rodó por las tabernas y por los hospitales, y aquella capa de mendigo es ahora venerada como la bandera de la Francia espiritual.

¡Capa de la bohemia! Tú, que has cubierto tantas horribles tragicomedias, que has sido tan calumniada por los tontos de todos los tiempos, de todos los países. Tú, que has paseado tantos sueños y tantas hambres, bajo la luna, en las noches sin casa, que conoces tantas

lágrimas de tantas crueldades, de tantas injusticias,
que has visto el horror de las tabernas cuando todos están borrachos
y entonan los lúgubres salmos del _delirium tremens_, mientras en
el espacio gira el anillo de Saturno, nuestro fatídico padrino.

La capa bohemia supo las gallardías de Espronceda en su buena época
romántica, antes de destrozar su leyenda con aquel fementido discurso
sobre las lanas... Pelayo del Castillo, Eduardo del Palacio, Manuel
Paso, Pedro Barrantes, sabían del encanto de la capa bohemia, que entre
nosotros tiene también el desgaire de la capa manolésca.

Y ¡Alejandro Sawa!...

Glorioso emperador de la bohemia, del gesto amplio y magnífico como
Hugo, ciego como Milton, altivo y suntuario como un dios, con la cabeza
en las nubes y el corazón en la hoguera del amor y del dolor de la
Humanidad. En Alejandro Sawa la capa bohemia era manto pluvial, capa
pontifical, manto de púrpura, clámide y aureola. Alejandro fué la
suprema consagración de la capa bohemia.

La capa de la bohemia es la aristocracia incomprendida de los vulgos, y
nunca como ahora, en este momento, es anacrónica y absurda. Es el gesto
bravío ante la mueca horrible de la miseria, el rictus de desdén ante
los artículos de fondo y demás cosas sin alas, sin gracia, sin
espíritu.

La capa bohemia se burla de los libros de caja, de la mentalidad del tendero, de la sensibilidad chirle de los malos poetas. La capa bohemia, sobre toda la prosa, sobre todo el horror de las horas vulgares, es el pájaro azul.

Es la bella locura del ideal. Ved de cuál gentilísimo linaje aristocrático es el manteo con que cubre su clorosis y sus espaldas desnudas la señorita Bohemia.

La capa de mendigo

EN los viejos tiempos católicos y caballerescos, el mendigo era hermano del mismo rey. Tenía una altivez hidalga, y llevaba al cinto el bote de la guiropa, y arrastraba su tabardo harapiento con el orgullo de un manto real.

--Buscad vuestros pobres en otra parte, que yo no puedo volver--hubo de decirle un mangante a un caballero que no halló a mano una moneda que darle.

Recibían la limosna con altanería. El mendigo estaba ungido por las palabras del Rabí, y creían de buena fe que beneficiaban a sus donantes, pues así edificaban su ánima por la caridad. Les hacían la merced de dejarse dar limosna.

Una tarde paseábase por las Platerías un hidalgüelo gabacho, cuando le asaltó un mendigo de nobles barbas blancas y aspecto distinguido. Dolióse el hidalgüelo y quiso darle unas monedas sin humillarle.

--Sírvase llevarme este cartapacio hasta mi posada y le daré un escudo.

--Libre es vuestra merced de darme o no limosna--gritó solemnemente el pedigüño--; pero no consiento que se me trate como a un criado--. Y le volvió la espalda con desdén.

El mendigo es libre como el aire y ama su libertad sobre toda holgura y acomodo. Es de un individualismo rabioso: le place más rascar sus liendres al sol en medio del arroyo, que aprisionarse en el régimen un poco frío de las Casas de Caridad, donde, además, tienen que aguantar la férula religiosa.

Al rancho metódico prefieren la guiropa en la alegría de las solanas, de sabrosa y picara parla con sus hermanos de cofradía. Y mejor que los lechos iguales y helados, con algo de cuartel o de hospital, les sabe más gustoso apretujarse en la escalerilla de Cuchileros. Ante todo, hacer lo que les dé la real gana, y después Dios proveerá...

Es estéril toda iniciativa contra la mendicidad: es como una costra del alma española, que no curan los bandos de ningún corregidor. España es

un país de pirueta, de azar y de aventura, y los mendigos son una rancia y pintoresca representación. En la patria de los pedigüños, donde todos somos un poco mangantes, el mendigo es perfectamente respetable. Hay en nosotros un sabroso anhelo de tomar el sol tranquilamente, esperando el milagro del pan y de los peces en forma de destinejo oficial o de «combinación» lucrativa. En un pueblo de trabajo, de ideales, de ciencia y de arte, la mendicidad es un tumor repugnante, como también es criminosa la existencia del noble juego de la Lotería. Pero nosotros encendemos luminarias a la diosa Casualidad, convencidos de que vivir del esfuerzo personal es una utopía.

Un mendigo vive mejor que un pequeño covachuelista, y de sobra más holgadamente que un obrero. En una tarde de «trabajo», cualquier mendigo un poco acreditado saca de ocho a diez pesetas, es decir, el sueldo de jefe de tercera de cualquier negociado, y no tiene que aherrojarse en la covachuela, ni ponerse los manguitos, ni tocarse con un gorrito absurdo.

El mangante tiene un castizo abolengo, y nuestros contemporáneos lo son, más que por necesidad, por imperativo de la casta, por una enorme fuerza de atavismo.

¡Oh, capa de mendigo, santificada y evangélica, altiva como la del mismo rey! La que pasó flotante por las páginas de la picaresca del Siglo de Oro; la que vemos hoy en las solanas, a la puerta d

e los cuarteles, o,
como una visión goyesca, en las escalerillas de Cuc
hilleros, mientras
suenan cantarinas las fuentecillas de la Plaza Mayo
r. Debajo de tus
harapos hay un jirón del alma española, aventurera
y andariega, castiza
y soñadora.

Capa de los mendigos juglares que van por las aldea
s, tabardos que
cobijan a los fingidos paralíticos, que desgranar e
l rosario de sus
cuitas y se arrastran al sol lo mismo que gusanos;
manos pedigüeñas,
perfiles costrosos, pupilas sin luz, que sois las c
lásicas figuras del
viejo retablo, tenéis una jocunda poesía antañona q
ue en vano quieren
borrar los graves varones y las nobles damas de Con
cejos y de piadosas
Hermandades.

País de pirueta y de lotería, donde reina lo impre
visto, y la aventura,
y salto mortal; donde el Arte y la Ciencia son pord
ioseros, donde se
mendiga todo, desde la bicoca política hasta el dur
o pan proletario,
donde el esfuerzo personal no da derecho a esperar
nada, ¿con qué
autoridad queremos suprimir la mendicidad pintoresc
a? ¿No os parece que
toda España va envuelta en una capa de mendigo?

EDITORIAL FORTANET

Pesetas.

GEORGES RODENBACH:

=Brujas, la muerta= (traducción de ANDRÉS GUILMAIN)
2,00

EMILIO CARRÈRE:

=La copa de Verlaine=
1,50

EN PRENSA

ANTONIO DE HOYOS:

=Las lobas de arrabal= (novela)
3,50

EMILIO CARRÈRE:

=Las mejores poesías de Emilio Carrère=
(edición de lujo)
3,50

FERNANDO MORA:

=Los hijos de nadie= (novela)
3,50

VILLIERES DE L'ISLE ADAM:

=Cuentos crueles= (traducción de A. MARCO).
2,00

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ:

=Los sonetos y la canción de la Muerte.=
1,00

VERLAINE:

=Poemas= (Traducción de E. Puche)
2,00

RAMÍREZ ANGEL:

=La villa pintoresca y sentimental=
1,50

Y otras obras de ÁLVARO RETANA, FERNÁNDEZ FLÓREZ, C
AMBA, BARRIOBERO,
VALERO MARTÍN, HERNÁNDEZ CATÁ, ORTIZ DE PINEDO, SAN
JOSÉ, E. PUCHE,
TRUJILLO y otros escritores de nombre prestigioso.

End of the Project Gutenberg EBook of La copa de Ve
rlaine, by Emilio Carrère

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK LA COPA DE
VERLAINE ***

***** This file should be named 23239-8.txt or 2323
9-8.zip *****

This and all associated files of various formats wi
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/3/2/3/23239/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the
old editions
will be renamed.

Creating the works from public domain print edition
s means that no
one owns a United States copyright in these works,
so the Foundation
(and you!) can copy and distribute it in the United
States without
permission and without paying copyright royalties.
Special rules,
set forth in the General Terms of Use part of this
license, apply to
copying and distributing Project Gutenberg-tm elect
ronic works to

protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing

Project Gutenberg-tm
electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any

other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the

work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any

word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments

must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms

s than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, i

ncluding legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'A

S-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the

state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed

works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation

methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to

subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.